
SS
SERVICIO SECRETO
A. ROLCEST
MUERTE EN LOS ROSTROS



A. ROLCEST

Muerte en los rostros

1.ª EDICION
DICBRE. - 1951

EDITORIAL
Proyecto, 2 T. 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)

MUERTE EN LOS ROSTROS

por

A. ROLCEST



I

EL PASO DE LA FRONTERA

Así que reconoció la silueta que acababa de irrumpir de la bruma, el hombre se recostó en el pretil, y se quedó mirando el borrón de luces.

La mujer llegó a su lado y le tocó en un brazo:

—¡Willie!… ¿Cómo has tardado tanto?

Los vocablos franceses salían de sus labios defectuosamente cortados, pero con un timbre vivo, juguetón, que parecía estar pidiendo música. Él yanqui se incorporó con evidente desgana y se encaró con la mujer:

—¿Qué quieres? ¿Quién eres tú?

—¡Willie!… ¿Qué te ocurre?… ¡Soy Bambina!

El yanqui dio un paso atrás, como si fuese a tropezar con algo molesto:

—¡La italiana! ¡Puaf!… ¡Nada quiero con los italianos! ¡Ni con los franceses! Lo único bueno que hay aquí… ¿sabes qué es?

Hizo un movimiento tan rápido que vaciló, a punto de caerse. La mujer se apresuró a cogerle de la cintura.

—¡Willie!

Y hasta en este momento en que parecía llorar, su voz no perdió la sensación de canto. El hombre se desprendió de ella y se recostó violentamente sobre el pretil. Extendió un brazo y señaló las aguas negras del Sena.

—¡Eso es lo único que vale!… ¡Es un buen lecho! ¡No lo dudes, Bambi! Todas las noches vengo a verlo…

—Anoche no viniste —murmuró la mujer—. Te esperé horas y horas…

—¿Anoche?… ¿Dónde estuve yo anoche?… Bah. Nada importa.

¿No te apetece ese lecho de plumas, Bambi? Hundir la cabeza en el colchón negro y dejarse llevar…

La mujer se pegó a él, como si la alusión al suicidio la acabase de fijar indefensa, aterradoramente sola en aquel sombrío recodo del Sena.

—¡Óyeme, Willie!… Conseguí lo que querías… ¡Ya tengo gophers! ¡Muchos!… Y aun conseguiré más.

—¡Gophers![1] —repitió el yanqui, con la misma entonación de ensueño con que antes habló del suicidio.

—Los tenía ya anoche. ¿Por qué no viniste?… Te dije que confiaras en mí… Vámonos, Willie. Apenas me queda tiempo. Esta noche tengo trabajo.

El yanqui se había cogido del brazo de la mujer y echado a andar como un autómata.

—¿Trabajo?… ¿Qué trabajo, Bambi?

—Fotografía.

El yanqui soltó una brutal carcajada.

—¡No, Bambi! Tú no sirves para undraped model. Tu cuerpo es horroroso…

La joven soportó impasible aquel injusto desprecio a su belleza física.

—Pues les intereso… Y me pagan bien.

—¿Son ellos los que te han proporcionado el gopher?… Buenos chicos… Pero algo más buscarán en ti…

—Sólo quieren fotografiarme. De veras. Y me preguntaron si tenía confianza con alguien… Y les hablé de ti. Al principio no les interesó mucho. Sólo cuando supieron que eras mi novio —eso les dije— y que el gopher era para ti…

—¿Les interesé?

—Sí. Dijeron que te facilitarían toda la que quisieras. Que fueras conmigo y ya os pondríais de acuerdo.

El yanqui se paró, desagradablemente sorprendido.

—¿Para cuándo sería el trabajo?

—Esta noche, les dije… si conseguía hacerte venir conmigo.

—¡Esta noche no hago nada! ¡Dame el gopher!

Y como ella tardase en obedecer, él clavó las uñas en el brazo de la mujer, desconfiado.

—¿Es que es mentira?

—¡No, Willie! Lo traigo aquí… Pero dudo en dártelo, porque enseguida te pierdo… Sé que no te veré, hasta que vuelvas a necesitarme.

Se sacó ella del pecho un aplastado paquete cuya envoltura era de papel de seda, y se lo dio. Él lo tanteó nerviosamente y se lo escondió en el bolsillo trasero del pantalón.

—Bambi… Esta noche no te acompaño porque no tengo los nervios para verme con nadie —dijo suavemente, como si quisiera hacerse perdonar la aspereza de antes—. Diles a esos hombres que no me has podido ver, o que estoy enfermo… Pero que mañana iré contigo… Te esperaré en el mismo sitio de esta noche. ¿De acuerdo, pequeña?

—Como quieras, Willie. Aunque sé que no vendrás… En muchos días ya no volveré a verte.

Se aproximaban a un puente. Cada vez que un coche evolucionaba para enfilarlo, los faros alcanzaban a la pareja. ¿Por qué había dicho Willie que el cuerpo de Bambina, era horroroso? Poco espacio daban los faros para un examen detenido, pero la esbeltez y gracia de aquella figura era suficiente para ser captada en el tiempo de un relámpago. El hombre era un poco más alto que la mujer, y más recio. Los dos jóvenes, y las facciones de ambos no tenían nada de desagradables. Las de ella, especialmente, poseían una delicadeza de trazo quizá un poco enfermiza, impresión que se acrecentaba por el fulgor de unos ojos inmensos, de brillo febril.

Ambos tenían al andar un aspecto cansado, todavía más acusado en él, a pesar de que su contextura parecía recia. Y cada vez que el resplandor de un faro los cogía de frente, él volvía el rostro o inclinaba la cabeza, para que el ala del sombrero la defendiese de aquella brutal luz.

—Willie… ¿Si nos fuéramos de París? —murmuró Bambina.

—¿Para qué?

—Para vivir más tranquilos.

El yanqui soltó una risa sarcástica.

—Un desertor… un traidor a su patria, es un perro tiñoso en todas partes.

—Pero aquí estamos demasiado cerca de Berlín. Tal vez, en un país de América del Sur… Y me encargaría de conseguir los pasaportes.

—El mismo peligro corro aquí que en otro sitio. Los míos creen que me pasé al sector soviético. Mientras estén en esa creencia…

—¡Pero siempre vivir así, Willie!…

—La vida de las ratas: es la mejor, Bambi… Y cuando me liarte, de cabeza al lechó negro…

Ella se apretó a él, otra vez estremecida, sintiéndose desamparada en la desolada noche.

—¡No!

Y de pronto, como si despertara:

—¡Willie! ¡Tengo que dejarte! ¡Es ya muy tarde!… ¿Nos veremos mañana?

—En el mismo sitio de hoy…

Insinuó un acercamiento de cara, sin duda esperando una caricia. Pero él permaneció inmóvil. Entonces ella disimuló su azoramiento corriendo hacia el borde de la acera.

—¡Viene un «taxi»! ¡Hasta mañana, Willie!

Instantes después la muchacha se alejaba avenida abajo, metida en el coche de alquiler. En el hombre se produjo una sorprendente reacción, su aspecto desmadejado quedó sustituido por el de un hombre lleno de vigor y dinamismo. En dos saltos se plantó en el borde de la acera, mirando a un lado y otro del bulevar. Tal vez lo que esperaba era un coche que se veía venir por allá lejos, al otro lado de la boca del puente, porque Willie, sin dejar de mirarlo, dio muestras de impaciencia.

Pero algo atrajo de pronto su atención, todavía con mayor interés que el coche. De la maciza obscuridad que confundía el pretil y el río, se desprendieron dos siluetas que, cautelosamente, fueron aproximándose a Willie. Ya se hallaban a dos pasos cuando éste se dio cuenta. Tuvo el tiempo justo de hacer un movimiento, como si fuera a dejarse caer, y alargar un brazo con el puño cerrado, alcanzando en pleno estómago a uno de los desconocidos. Lo inesperado del golpe arrancó de quien lo había recibido un grito de dolor y acto seguido empezó a mascullar maldiciones, en tanto el otro se lanzaba con los brazos abiertos sobre el yanqui.

Era corpulento, de enormes fuerzas, y así que cogió a Willie de los hombros lo atrajo contra su pecho sujetándole de forma que lo dejó inmovilizado. Mientras, el que había recibido el golpe en el estómago, le rodeó para cogerlo por las piernas sin correr mucho

peligro. Willie no se opuso. En realidad era lo que estaba esperando. Así que sus pies estuvieron separados del suelo, puso en juego varios movimientos de contracción y estiramiento, de manera que los que le sujetaban se veían obligados a seguir sus balanceos.

Por momentos aquella danza resultaba más molesta. Sobre todo para el hombre corpulento que sujetaba a Willie por los hombros. Para evitarlo, soltó una mano y la levantó dispuesto a golpear la cara de Willie. Pero esto permitió al yanqui dar media vuelta, y agarrándose al brazo que aún le tenía amarrado de un hombro hizo una hábil llave. El corpulento individuo lanzó un aullido de fiera y soltó, cosa que enseguida fue secundada por el que se hallaba situado a los pies.

Willie iba a incorporarse, cuando vio que el individuo que recibió el golpe en el estómago avanzaba cara a él, empuñando un cuchillo. En la posición en que se hallaos, difícilmente podría defenderse, como el corpulento estuviese en condiciones de intervenir.

De pronto, el hombre robusto dio un grito y lanzóse a correr. El que empuñaba el cuchillo soltó el arma y también hizo lo mismo. Al propio tiempo, del coche que acababa de detenerse a dos pasos de ellos, saltaron dos hombres, pistola en mano. Sin pararse a mirar a Willie, se fueron en la misma dirección en que se habían marchado los otros.

A los pocos momentos sonaron allá delante dos disparos.

Al cabo de un rato los que habían salido del coche regresaron. Willie les esperaba sentado sobre un guardabarros, encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué? —preguntó, con cierto matiz irónico.

—Nada. Ni que se los hubiera tragado la tierra.

—Son ratas del río —comentó Willie, súbitamente pasando a expresarse en inglés, en un acento marcadamente yanqui.

—¿Qué ha habido de nuevo? —inquirió el más alto, también con acento americano.

—Por el camino os lo contaré. Vuestros disparos sólo han servido para que esas «ratas» estén sobre aviso y para que los gendarmes nos hagan levantar el vuelo… ¡Arreando hacia el centro!

El coche arrancó. Willie sacó del bolsillo del pantalón el paquete que le había dado Bambina.

—Esta porquería significa el final de nuestra pesquisa —dijo con malhumor—. Vuestra torpeza al no seguirnos a tiempo, nos cierra el paso. Esa muchacha me proponía esta noche que le acompañara en su trabajo…

—¿Qué clase de trabajo?

—Como modelo de fotógrafo ha dicho ella, pero no me ha parecido que la cosa estaba muy clara, y he preferido aplazarlo. Tenía la intención de seguirla, si vosotros hubierais permanecido al tanto…

—Te perdimos dos veces. ¡Vuestro empeño en ir arrimados a la baranda…! Hay trozos muy obscuros.

Tras un silencio, uno dijo:

—La agresión de esta noche prueba que sí que hay gato encerrado.

—En ningún momento lo he dudado —repuso Willie.

—Y que la chica está metida en el asunto…

—Eso ya no lo veo tan claro… Es imposible que lo que me dice sea todo comedia.

Al decir esto, Willie no lo hacía por disimular ante sus compañeros. Desde que se encontró con Bambina, esta muchacha le tenía desconcertado. Ocurrió dos meses atrás, en los senderos del *gangster*, las venas furtivas con que el hampa italiana conecta con la francesa. Desde que terminó la guerra, la frontera entre Italia y Francia era cruzada por seres derrotados, por seres hambrientos y por «colonizadores» de postguerras: el *gangster* avivado en los Estados en ruinas. Antes que perjudicado, favorecido por el revuelto mar, el *gangster* traza sus rutas. En breve tiempo la gran red queda fijada. Todo cabe en el sollado de sus naves piratas: mujeres, valiosas obras de arte, joyas… Pero su mercancía predilecta, la que más rinde y la que más es deseada por un mundo en caos, es el estupefaciente.

Desde hacía algunas semanas, Willie Clewes y tres compañeros más merodeaban por la frontera italo-francesa. Los cuatro disponían de documentación francesa e italiana. Pero los cuatro eran norteamericanos. Y cada uno, entre los forros de sus raídos chaquetones, algo así como si más que tenerlo oculto quisieran olvidarse de él, llevaban un carnet del
F. B. I.

El tráfico de cocaína en los Estados Unidos tenía uno de sus principales atinentes en Italia. El rackel de los narcóticos en Norteamérica ofrecía ya un cuadro aterrador. El Federal Bureau forzaba sus máquinas, asestando un golpe tras de otro, pero, mientras los afluentes permanecían intactos, la represión resultaba casi nula.

En vano se solicitaba la colaboración de la Policía de otros Estados. En la mayoría de los casos, esta colaboración era nominal. Por ello, cuando Willie Clewes y sus tres compañeros desembarcaron en Francia, estaban hechos ya a la idea de que muy mal tendrían que irles las cosas, en muy gran apuro encontrarse para solicitar la colaboración de la Police de Moeurs.

La noche en que Willie se encontró con Bambina, el yanqui se hallaba solo, en una senda de *gangster* casi borrada por la nieve. Tenía confidencias de que allí pasaría uno de los principales agentes del más fuerte racketeer italiano.

Llevaba ya aguardando varias horas. En una choza en una especie de garita hecha con ramas, guardaba un tesoro: un fuego sin llama. Willie salía de la garita, se perdía entre los árboles. En cualquier punto se paraba para escuchar la noche sorda. Y al rato se volvía, para, una vez en su refugio, inclinarse sobre su tesoro en un abrazo en el que hacía participar a todos sus miembros.

Afuera la nieve seguía descargando su metralla muda…

Willie miraba la hora con un gesto de desaliento. Nada de lo que la confidencia había anunciado ocurría… Cuando de pronto le pareció oír un grito. Luego otro, seguido de voces coléricas. Los gritos eran de mujer, y el vocear de hombre.

Willie salió de su refugio y, cautelosamente, fue acercándose a dónde se oían los gritos En un bolsillo del chaquetón, bien amartillada, tenía la «Luger» dispuesta.

Consiguió situarse a muy pocos pasos de ellos, sin que al parecer se dieran cuenta. Eran dos hombres y una mujer. El que daba voces fue enseguida reconocido por Willie: uno de los que se dedicaban a pasar gente del lado italiano. El otro hombre, así como la mujer, se hallaban en actitud de protesta por algo que el guía exigíales. De pronto sonó un disparo, y el hombre cayó, rodando por una pequeña vertiente.

Nada de particular tenía lo que acababa de ocurrir. Que los

guías robasen a sus «clientes», que los abandonasen desnudos para, que la nieve terminase con ellos, eran hechos por los que nadie iba a pedir cuentas. Que el guía quisiese acelerar este final y se tomase el trabajo de liquidarles directamente, tampoco solía ser extraño. Pero lo de que, a continuación de rodar por la vertiente el hombre agredido, ocurrió. Antes de que el guía disparase, tanto el hombre como la mujer parecían los dos en actitud de protesta contra el guía. Después del disparo, la mujer y el guía parecieron amigos.

—Y ahora, siempre en línea recta, sin detenerle —dijo el guía, con voz extrañamente tilosa—. ¡Suerte, Bambina!

—¡Gracias!

Y la mujer echó a andar, dejando huellas restas sobre la incólume lámina de nieve, sin volver una sola vez la cabeza para mirar al guía o al compañero de ruta muerto.

Willie se encontró con dos cosas que hacer al mismo tiempo, e igualmente interesantes. Lo de menos era el guía; podría localizarlo fácilmente, en el momento que lo desease. Lo que importaba era apoderarse del muerto, ver quién era o lo que llevaba, antes de que los cuervos de la frontera lo devorasen. Pero no menos interesante era seguir a la mujer, que tan amable trato había obtenido del guía. ¿Sería ella el agente del racketeer que esperaba?

Tras un momento de vacilación, el yanqui coló por seguirla. Habiendo oído el consejo del guía de que marchase en línea recta, y que ella obedecía, Willie aceleró el paso desviándose, dando un rodeo para meterse por el reguero que formaban dos lomas muy pobladas de árboles: y cuando llegó a una planicie totalmente desnuda, se puso a andar trazando pronunciadas curvas, como si estuviera beodo, y de pronto se dejó caer. Todavía avanzó un poco, arrastrándose, incorporándose a medias, para enseguida caer de nuevo.

Sobre la tersa llanura comenzó a perfilarse una silueta obscura que avanzaba erguida, con paso apresurado. Willie lanzó un grito. Luego otro, cada vez más apagados… La silueta se detuvo. Durante unos instantes permaneció inmóvil. ¿Seguiría su marcha, sin acudir en su auxilio? Si esto ocurría, Willie ya sabía lo que tenía que hacer. Se incorporaría y su voz suplicante se trocaría por otra de mando. Y si la silueta intentaba seguir adelante, Willie no vacilaría en disparar.

Pero esto apenas conducía a nada. Herir o matar a aquella mujer era en lo último que debía pensar. Captar su amistad, o si esto resultaba imposible, adormecer su recelo era lo que más le convenía. Después, los acontecimientos mismos se encargarían de señalar el camino a seguir.

Afortunadamente, la silueta torció su dirección y fue acercándose a dónde estaba Willie. Éste se había medio incorporado, y con voz desfallecida pronunció unos cuantos vocablos de queja, en inglés. Pero enseguida, como reparando en que no podían entenderle, intentó hablar en italiano, pero tan vacilante, tan torpe, que la silueta le interrumpió:

—¿Sabe francés? —preguntó en este idioma una voz limpia de mujer.

—Algo.

—Yo también. ¿Qué le ocurre?

—Que el frío y el desaliento se han apoderado de mí. Estoy andando toda la noche y no consigo salir de estos montes… Debo haberme extraviado.

—¿A dónde se dirige?

—A Francia.

—En Francia se encuentra usted ya. Pero ¿a qué sitio?

—Me da lo mismo —contestó Willie, torvamente—. Como ya casi no me importa regresar al punto de partida. He desertado, y…

—No tiene necesidad de revelarme nada —le interrumpió vivamente la mujer—. Si lo que va a decirme es mentira, no vale la pena escucharlo; y si es verdad, puede que usted se arrepienta de habérmelo dicho, y se convertiría en mi enemigo… Mutuamente podemos ayudarnos hasta llegar al próximo pueblo. Allí nos separaremos como si no nos hubiéramos visto. ¿Puede usted andar?

—Puedo andar… si sé que mis pasos conducen a alguna parte.

—Sígame pues.

Durante más de una hora, apenas volvieron a cruzar palabra. De vez en cuando, alguna alarma les hacía detenerse, internarse en cualquier espesura, echarse a los pies de algún árbol o montículo. Willie, a veces, se retrasaba unos pasos para observar con toda impunidad a su compañera de viaje. A pesar de que la indumentaria masculina, excesivamente holgada, desfiguraba algo su silueta, adivinábase un cuerpo grácil, esbelto y muy joven. Interesado por

conocer su cara, Willie volvía a situarse a su lado, pero en vano mantenía la mirada fija en ella. La oscuridad ya era bastante para tener todas las facciones borradas, pero es que, además, un pasamontañas de grueso y peludo paño le cubría casi todo el rostro.

Llegaron a un punto desde el que se dominaba un extenso valle en el que, a gran distancia uno del otro, veíanse dos grupos de lucecitas.

—Descendida esta vertiente —dijo la mujer, con aquel brillante tono de voz que parecía cantar— cada uno debe dirigirse a un poblado distinto. Tanto da uno como otro. En ambos pueden encontrarse los medios para internarse en Francia.

Momentos después ambos se separaban con un breve saludo, sin estrecharse siquiera la mano, dando la sensación uno y otro de que apenas dieran unos pasos se olvidarían mutuamente. Willie había elegido el poblado más distante. Tan pronto su compañera de ruta se hubiera alejado un poco, pensaba dar un rodeo y adelantarse para entrar en el pueblo primero que ella. Pero algo inesperado vino a alterar su plan.

La distancia la tenían ya casi borrada, cuando se oyeron unos ladridos y enseguida, voces aterrorizadas de la mujer. Willie corrió hacia allí. A medida que se aproximaba, distinguía la silueta de un enorme perro parado a unos cuantos pasos de la mujer, conteniéndola con ladridos y gruñidos amenazadores. Más allá vislumbrábase una vaga forma que avanzaba en dirección a ellos.

—Demasiado ligeros andamos —gritó un vozarrón, en defectuoso francés—. ¿Dónde está tu compañero? Os dejé, con el guía, media hora detrás de mí, pero veo que si me descuido llegáis antes que yo… Vuelvo a preguntarte que dónde está tu compañero.

Desde detrás del saliente en que Willie se había ocultado, veía el grupo que la mujer y el recién llegado formaban, y, un poco separados de ellos, el perro, que ahora husmeaba en la dirección en que se encontraba el yanqui.

La recia voz que interrogaba a la mujer, parecía por momentos más apremiante:

—¿Qué significa tu silencio? Os he visto juntos llegar hasta la misma raya, conducidos por el guía… ¿Qué se ha hecho de tu compañero?

—Eligió otro camino —balbució la mujer.

—¿Diferente al tuyo? ¡No digas idioteces! Yo sé que a él le agradaba tu compañía…

En un principio Willie había temido que se tratase de algún aduanero, fiel cumplidor de su deber. Ello hubiera sido un tropiezo bastante embarazoso. Willie estaba dispuesto a no mostrar su verdadera personalidad, y usar de la violencia contra un funcionario que cumplía su misión era algo que le repugnaba.

Pero el vozarrón, a medida que montaba en cólera, iba pareciendo más lejos de tener una misión oficial.

—Le habéis dado el «empujoncito», ¿eh? E guía, seguramente, ha olvidado ya que conmigo no se puede jugar sucio. Pronto se lo recordaré. Y en cuanto a ti… empieza por sacar lo que lleves encima. Y… mucho cuidado. En mis manos tengo otro «perro» que sólo espera un empuje de mi dedo…

Toda la serenidad que durante el viaje había mostrado aquella mujer, se derrumbaba de pronto, al verse encañonada por el recién aparecido. Se metió las manos en los bolsillos, para cumplir la orden de sacar las cosas que llevaba encima, pero el otro cambió de parecer.

—No. Quítate también la ropa.

Era el típico atraco de los malhechores de frontera. Llevarse la ropa sin huellas de violencia, dejando los cuerpos indefensos a los cuchillazos mortales de la noche glacial.

Willie hubiera esperado más, pero el perro ya se había arrancado hacia donde estaba él. Disparó, cuando ya el animal soltaba el último gruñido y se arrojaba encima. El estampido, más que el efecto de la bala, hizo que el perro lanzara un aullido desesperado, cayese al suelo, como aturdido, y de pronto volviera a levantarse, para escapar en una carrera sin dirección.

Cuando el yanqui apretó el gatillo, no se entretuvo en mirar si el perro caía, pues la sensación del peligro en que se hallaba no le hizo olvidar que aquellos segundos eran preciosos para sacar partida de la inmovilidad en que la sorpresa había dejado a los que había allá delante.

Casi al mismo tiempo que disparó contra el animal, lo hizo apuntando al hombre. Debió alcanzarle, porque de allá surgió un aullido tan doloroso como el del perro, pero a continuación, de la mano del desconocido brotaron dos llamaradas. Un plomo pasó

furioso por encima de la cabeza de Willie. Y el otro… Pero apenas tuvo tiempo de considerar que aquel mordisco que acababa de sentir en una pierna era producto de fauces bien distintas a las del perro. Apretó el gatillo dos veces más, con la sensación de que con aquellos disparos estaba taponando su herida. Lo que sí consiguió fue que más plomos vinieran en busca suya.

Willie intentó andar, pero el dolor de la pierna le contuvo. Después de todo, ya no había prisa. Allá delante veíase al hombre estirado sobre la nieve. Y la silueta de la mujer que venía corriendo hacia Willie, tal vez porque con ello se situaba, lejos del muerto.

Esto fue lo que ocasionó que, una hora después, cuando empezaba a amanecer, Willie y la mujer vestida de hombre entraran en el mismo poblado. No era el plan que ella había anunciado cuando se hallaba en lo alto de la vertiente, pero sí el que Willie deseaba.

Aquel día los dos lo pasaron ocultos en la misma casucha. Apenas anocheció, salieron, Willie, montando un esquelético jumento; la mujer, que ahora ya vestía indumentaria femenina, marchaba unos pasos más adelante, casi junto al labriego que les servía de guía. Durante horas estuvieron serpenteando a través de un espeso bosque, cuando de pronto el labriego dio la voz de alto:

—Ahí abajo está la carretera. A las tres y media llegará un coche que se detendrá, para arreglar el motor… Ése es.

A la mañana siguiente, Willie y la mujer se hallaban en Niza, y dos días después en París. Éste era el momento más esperado y temido por el agente del

F. B. I.

Lo que, una vez ya en la gran ciudad, ocurriese en el momento de plantear él la despedida, diría si todos sus esfuerzos disimulados por captarse la confianza de aquella mujer habían sido inútiles. Y fue al llegar a uno de los suburbios, que él propuso entrar en un restaurante, que tenía más bien aspecto de taberna, para efectuar la cena de despedida.

—¿No sería mejor otro sitio? —insinuó ella.

—No. Fue oyendo hablar de este sitio que sentí por primera vez el deseo de desertar. Un compañero de armas pasó aquí un largo permiso. Cuando regresó a Berlín, el mundo para él se reducía a una sola ciudad: París. Y París, a un solo suburbio: el que nos

encontramos. Y una sola casa: ésta.

Entraron. La joven parecía presa de viva curiosidad, pero pronto el desencanto se reflejó en su rostro. Aquel sitio no podía ser más vulgar y sombrío.

Apenas se hubieron sentado en una mesa, Willie se levantó, desapareciendo por una estrecha puertecilla que había en un ángulo del local. Tardó un rato en aparecer de nuevo. Al sentarse, su manera de comportarse fue ya distinta a la que había sido hasta entonces. Como si sus nervios se hallasen poseídos de un cosquilleo incesante, Willie se revolvía en el asiento, hacía ademanes innecesarios, reía sin motivo…

La mujer le miraba fijamente:

—¿Qué le ocurre?

Willie hizo un guiño y manifestó, en voz baja:

—No me censure… Me tenía prometida una buena dosis apenas llegara.

En la impunidad que le colocaba tal enfermiza exaltación, Willie se atrevió a mirar a aquella mujer como hasta entonces no lo había hecho.

—Hasta ahora, casi no nos hemos mirado de frente. Me doy cuenta de que es usted casi una niña… Y muy bonita… ¿Puedo preguntarle cómo se llama?

Los linos labios de la joven hicieron un mohín de disgusto, tal vez sin que en ello tuviera nada que ver lo que acababa de decir él, pero este quiso interpretarlo así:

—No se enfade, ahora que vamos a separarnos… No me diga su nombre. No quiero olvidarla del todo, y para ello necesitaré un nombre… Espere que lo busque.

Desde hacía unos momentos que le bailaba en los labios el mismo que empleó el guía cuando la despidió, deseándole suerte. La llamó bambina. Nada tenía de particular, entre dos que se expresaban en italiano. Como si Willie llamase hoy a cualquiera de sus compatriotas. Le gustaba ese vocablo. Pero es que también temía dar en el clavo: tal vez ella en realidad tuviese ese nombre de guerra.

—¿A ver? Girl, muchacha… ¿Otro equivalente?…

Era una invitación para que ella misma pusiera sobre la mesa la palabra. Pero permaneció callada. Esto indujo a Willie a hacerlo por

sí mismo.

—¡Jeune fille!… No. ¡Bambino! ¿Bambina? ¡Eso es! ¡Bambina!

Y se quedó mirando a la joven, esperando verla palidecer, pero ésta permaneció serena, con la misma impasibilidad de antes. Tal vez aquel rictus de desagrado que había en sus labios, acentuó muy levemente el signo. Por lo demás, incluso sus grandes y magníficos ojos permanecieron con el mismo brillo intenso, limpio, sin que la más mínima inquietud lo turbara.

—¿No nos hemos de volver a ver? —preguntó ella de pronto.

—¿Para qué? —Y Willie hizo un perfecto gesto despreocupado —. ¡A saber por dónde rodaremos cada uno!… ¿Por qué motivo nos íbamos a ver de nuevo?

La respuesta de ella no pudo ser más clara, ni dicha con mayor sinceridad:

—Me gustaría saber que su pierna ha sanado del todo…

—Bueno. Eso está muy bien, Bambina —manifestó Wille, súbitamente grave—. Hemos sido unos buenos compañeros, ¿verdad, pequeña?… ¿Puedo tutearte? Puedes llamarme Willie…

—Me duele tu situación, Willie. ¡De veras!

El entonces rompió a reír.

—¿Es que la tuya es mejor?… Me guardaré muy bien de querer a última hora meterme en tus planes. Pero ¿es que tú esperas de París mucho más que yo?

Bambina no contestó.

—Yo sé que París me devorará —siguió él, un poco sombrío—. Pero antes de que eso llegue, yo habré vivido.

Momentos después ambos salían de la taberna. Sin ninguna de los dos proponerlo, se habían puesto a andar a lo largo del Sena. Ya era de noche y una espesa bruma se arrastraba a ambos lados del río. Willie se recostó sobre el pretil.

—Aquí, a la distancia de este puente, podernos vernos alguna vez —dijo—. A estas horas.

La despedida fue breve. Marchó él primero, cajeando. La niebla borrólo enseguida.

Bambino, quedó unos momentos mirando en la dirección en que Willie había desaparecido. Luego se volvió, tomando distinta trayectoria. Es muy posible que aun sin haber niebla tampoco hubiese percibido que un hombre la seguía. Ya cuando salieron del

restaurante iba detrás de ellos.

Era un compañero de Willie, que éste había llamado por teléfono apenas entrar en el establecimiento.

Llevaban ya dos meses de trato. Los encuentros habían ido menudeando, hasta hacerse casi cotidianos. Tenían convenido no preguntarse en qué empleaban las horas cuando se hallaban separados. Willie, sin embargo, conocía bastantes pasos de la joven. Su primera noche en París la pasó en un lujoso edificio del bulevar de Reims. Horas después sabía que allí vivía un exdiplomático italiano, retirado de toda actividad política desde que terminó la primera guerra, y casado con una millonaria francesa. ¿En calidad de qué entraba «Bambina» en aquella casa? ¿Cómo doncella?

Cuantos esfuerzos hicieron Willie y sus compañeros por averiguarlo, fracasaron. Eran muy raros los visitantes que tenían entrada en la casa, y todos de edad avanzada e historial intachable. El más asiduo era un viejo profesor de química, ya retirado, el señor Bruckner, un hombre bajito, regordete, de lacio bigote blanco.

Willie había conseguido entrevistarse con algunos de sus antiguos alumnos, y todos coincidían en sus apreciaciones: que era un hombre muy sabio, muy bondadoso, de vida irreprochable.

El edificio del exdiplomático se hallaba rodeado por un gran jardín. Los compañeros de Willie tenían una guardia permanente. Pocas personas visitaban la casa, pero el lujoso coche del exdiplomático hacía frecuentes salidas, con las cortinas de las ventanillas rigurosamente echadas.

Si seguían el coche, se encontraban con que después de haber recorrido medio París volvían al punto de partida sin que del coche se hubiese apeado nadie ni detenido en ningún sitio. Si veían salir a «Bambina», ésta lo hacía a pie, en busca de la inmediata estación del metro, e infaliblemente era para ir al sitio donde solía entrevistarse con Willie.

El yanqui pasaba por las situaciones más contradictorias. Tan pronto le parecía que estaba siguiendo una pista falsa, como de súbito se sentía pleno de confianza creyendo ya tener en las manos todos los cabos. Los informes, enviados por los compañeros destacados en Italia coincidían en gran parte con aquella mujer. «Bambina» podía muy bien ser el agente del poderoso «racketeer» emplazado en Italia. Además, tenían bajo vigilancia al guía que

mató al compañero de «Bambina», y sabían que éste era parte integrante de un «gang» dedicado en gran escala al tráfico de drogas. Pero lo que Willie y sus compañeros buscaban era algo más de un simple grupo de contrabandistas. Su misión no era detener a nadie, sino presentar un informe lo más completo posible de la poderosa red que tenía su origen en Italia. Luego ya vendría la intervención oficial, con la participación de las fuerzas represivas de los respectivos Estados.

Ante la joven, Willie parecía cada día más a la deriva. Al principio «Bambina» intentó aconsejarle, pero la réplica de Willie fue anunciar la suspensión de aquellas entrevistas. A partir de entonces, la muchacha se guardó de manifestar el dolor que el enviciamiento de Willie le producía.

A medida que el yanqui se sentía más seguro en el control de las reacciones de ella, iba manifestándose más desesperado. A veces dejaba escapar frases en las que daba a entender que iba sintiéndose acorralado. Tampoco podía conseguir «gopher» con la facilidad de antes. Cada día que pasaba, los saquitos de cocaína iban convirtiéndose en una obsesión más cerrada.

Willie tenía la esperanza de que un día la joven hiciese alusión a las cápsulas de heroína. Era la droga que precisamente ellos estaban persiguiendo, y en cuyo tráfico suponían que la muchacha italiana se hallaba metida. El agente del
F. B. I.
sospechaba que, así como él vigilaba al que suponía su contrario, éste a su vez le espiaba a él. La más mínima alusión por parte suya a las «caps» (cápsulas de heroína), podía ser un timbre de alarma.

En esta situación se encontraba cuando aquella noche, inesperadamente, «Bambina» le sorprendió con la entrega de un paquete conteniendo varios saquitos de cocaína.

Luego, una sorpresa aún mayor. Le anunció que tenía prisa, porque aquella noche iba a efectuar un «trabajo». Instantáneamente después, la agresión.

Todo se había ido al traste con no llegar a su debido tiempo el coche en el que iban sus compañeros.

Ahora, durante un buen rato todos habían permanecido callados, cada uno repasando lo que acababa de ocurrir. Willie iba tan obsesionado que ni siquiera pensó en destapar el paquete que le

había dado la joven italiana, y que, apenas subieron al coche, había sacado del bolsillo del pantalón y aún mantenía en las manos.

Cruzaban la plaza de la Estrella cuando Willie no pudiendo contener su cólera, exclamó:

—¡Esto es imperdonable! ¡Dos meses buscando una pista, y cuando nos la ofrecen en bandeja le damos una patada! ¡Somos idiotas!

Los otros permanecieron callados. Llegaron a un punto en el que solían separarse, y el coche se detuvo. Allí debía apearse Willie.

—Seguid la vigilancia en torno a la casa y que no se os escape cuando entre la chica… si es que no se halla, ya dentro riéndose de nosotros.

—¿Y tú, mientras?

—En el refugio de siempre. Pero si no hay nada nuevo, no aparezcáis por allí. Apenas anochezca acudid al río, al sitio de costumbre.

II

LA LUZ EN EL ROSTRO

Apenas anocheció Willie Clewes se situó en el sitio de costumbre. Al acodarse sobre el pretil tenía muy pocas esperanzas de que la muchacha apareciera. En la vertiginosa carrera llena de altibajos a que se había lanzado su imaginación, a última hora la suposición que más persistía, la que ya casi se mantenía con categoría de seguridad era que «Bambina» no aparecería aquella noche.

La consideraba fuertemente ligada con la agresión de que había sido objeto la víspera. Primero había intentado ella llevárselo para aquel extraño «trabajo», deslumbrándole con el señuelo del estupefaciente. Al fallar este resorte recurrieron a la violencia.

Ya ni siquiera se preocupaba de mantener un aspecto de hombre enfermo, agotado por la droga. Todo se había venido abajo, y pretender continuar aquella farsa era estúpido.

Hacía ya más de una hora que permanecía allí; unas veces repechado sobre la baranda, otras dando cortos paseos. Después del ahogo de sol durante todo el día, una esponja de niebla pasaba a ras del agua y del asfalto.

«Ella no vendrá —pensaba Willie—. Y es seguro que sus secuaces están por mi alrededor, observándome…».

Maquinalmente se puso un cigarrillo en la boca, y al encender el mechero, sonó un grito, más bien un quejido, a dos pasos de él. Era «Bambina».

Diríase que la luz del mechero acababa de frustrar algún propósito que mantenía la joven al acercarse tan sigilosamente a Willie. Al verse descubierta, se había medio vuelto de espaldas, tapándose con los brazos el rostro y en actitud de huir.

El yanqui apagó enseguida el encendedor y fue hacia ella, acogiéndola con naturalidad.

—Buenas noches. Hoy eres tú quien se ha retrasado.

Apoyó la espalda contra la baranda, de forma que pudiese dominar un trozo de calle, y se cruzó de brazos. La joven seguía en el mismo ademán de huida, cubriéndose el rostro y como llorando en silencio.

—¿Qué te pasa? —preguntó jovialmente el yanqui.

La joven se repechó en la baranda. Con los codos apoyados en la piedra, las manos abiertas, en las que encajaba el rostro, se quedó mirando la confusa lámina del río.

—Willie Clewes —dijo sordamente ella—. Espero que, por amplia que sea su conciencia de policía, un día le reprochará la vil táctica que ha empleado conmigo.

—¡«Bambina»! —exclamó Willie.

—Me llamo Adina Angeli… No tiene ya necesidad de simular que no lo sabe. Y ya puesto a averiguar, debió haber profundizado lo suficiente para darse cuenta que lo que usted buscaba quedó precisamente en la frontera, tirado en la nieve. El hombre que mató el guía era el que usted buscaba.

—Por lo que le oigo, veo que a usted también —dijo el yanqui, casi pesaroso de que la complicidad de aquella mujer quedase confirmada—. Parece usted muy enterada…

De los labios de la joven se escapó una breve risa, llena de sarcasmo.

—¡Pobre de mí!… Nada sabía entonces, y nada sé ahora. Huí de Italia porque mi padre fue envuelto y aniquilado por fieras vestidas de frac. Y me tomé la justicia por mi mano. Luego, me aconsejaron escapar, porque las represalias ya me pisaban cerca. Alguien me brindó su ayuda. Parecía sincero… Pero al llegar a las proximidades de la frontera, al ponernos en contacto con el guía, éste aprovechó un momento en que mi acompañante no podía oírnos y me reveló que a lo largo de la frontera había agentes aguardándome. Que se habían hecho correr confidencias de que yo era un elemento destacado de una banda dedicada a las drogas… precisamente la misma gente que mató a mi padre. El guía quería ayudarme. Me aconsejó que no me fiara del que me acompañaba. En los últimos momentos yo no sabía ya de quién fiarme, si del guía o del otro, o

de ninguno…

Dos veces estuvo Willie a punto de interrumpirla con una risa de burla. ¿A qué venían aquellas confidencias? No iban a conducir a nada, porque nada iba a creer.

Ella pareció adivinarle.

—Espere un poco, Willie. Suponiendo que esto sea una farsa, déjeme que la siga por un breve instante, cuando tanto tiempo he estado soportando la suya. Vuelvo a decirle que las palabras del guía sólo consiguieron desconcertarme. Nos hallábamos en la posada del último pueblo, esperando que se hiciera de noche. Yo estaba sola en mi cuarto, presa de la más terrible confusión. Pero el hecho de que el guía me hubiese reconocido iba afirmando en mí la creencia de que un gran peligro me rodeaba. De pronto llamaron a la puerta de mi habitación. Era el guía. Diríase que había estado escuchando mis pensamientos. «Señorita: ¿Quiere decirme si conoce estas fotografías?». Me mostró algunas fotos en las que estábamos mi padre y yo, algunas instantáneas hechas al cesar la guerra y volver mi padre a casi. Otras estaban hechas en un campo de concentración. Un grupo de soldados prisioneros, entre los que se veía a mi padre… y al guía, uno apoyado sobre el hombro del otro. «Pasamos penalidades y alegrías juntos. Eso no se olvida fácilmente, pequeña. Sé que las cosas iban mal después de la guerra… y tengo que acusarme que le proporcioné relaciones que le han llevado a la muerte. Lo hice de buena fe, y su muerte la siento por un doble motivo. Me enteré de la represalia que tomaste. A pesar de que se trataba de tu padre, tú no debiste meterte, pequeña. El enemigo es muy fuerte… Y en cuanto al que te acompaña, sígueme y verás con quién está hablando».

«Bambina» hizo una pausa, desalentada, como si de pronto se le fueran los deseos de proseguir. Acaso ella también se sentía dominada por la misma idea que poseía Willie: que todo aquello no iba a conducirla nada.

—En el patio de la posada —siguió la joven, con voz cada vez más cansada— vi al que me había ayudado a salir de Roma, y a otro hombre que yo conocía demasiado bien. En el momento en que mi padre cayó acribillado a balazos en el portal de mi casa, él era uno de los que disparaban. Estuve a punto de gritar, pero el guía me sujetó: «¡Cuidado!… Le está dando instrucciones a tu “amigo”.

Dejémosles en la creencia de que no recelas nada. De momento, lo que a ti te interesa es salir de Italia. Volvamos a tu habitación. También yo necesito darte instrucciones…».

Otro silencio. Los codos de la joven seguían apoyados sobre la baranda. Las manos cubriéndole ambas mejillas. Muy apagada la voz cuando prosiguió:

—Cuando Salimos de la posada, mí «amigo» parecía desconfiar del guía y de mí. Entonces, a medida que nos íbamos acercando al punto donde debíamos separarnos, la discusión que el guía y yo habíamos entablado era cada vez más agria. Esto parecía divertirlo. De pronto el guía me dio un golpe y yo lancé un grito, retrocediendo, quitándome de en medio de los dos. Era lo que el guía deseaba. El que me acompañaba empezó a insultar al guía e hizo ademán de sacar el arma, pero el otro estaba esperando este ademán para disparar sin reparo de ninguna clase… Luego, tengo que agradecerle a usted que me librara del hombre del perro. Era el que habló con mí «amigo» en el patio de la posada.

Calló, y durante unos instantes Willie estuvo en la creencia de que ella iba a continuar. Pero el silencio en que se había encerrado la joven cada vez parecía más fuerte.

—Bien. Acaba usted de explicar «libremente» el motivo que le hizo huir de Italia. He de reconocer que algunos de los datos que tengo coinciden en parte con lo que usted ha dicho. Sin embargo, hay una «pequeña» diferencia que no estaría de más aclarar. Los informes que yo poseo hablan de una joven que en el reservado de un lujoso club nocturno disparó contra cierto «caballero», muy metido en negocios de envergadura. Al hacer referencia a esta agresión, nadie señala que tuviese por causa una venganza familiar. Sí se dice, no obstante, y con bastante insistencia, que la joven que disparó era la «amiga» íntima de otro magnate, ambos rivales en asuntos financieros y, por las muestras, también en cuestiones más «particulares».

Carraspeaba de ironía la voz de Willie. Le dolía lo que estaba diciendo y al mismo tiempo gozaba en ello. Acababa de darse cuenta de lo mucho que aquella mujer se había adentrado en su ánimo. Y este descubrimiento despertó en él una reacción de protesta. Con voz seca, llena de rencor, manifestó:

—Cuando el hombre del perro le pidió que se desnudara en

medio de la nieve, tal vez su propósito no era cometer una crueldad. Debía tratarse de algún infeliz, relegado siempre a las misiones más duras, y que entonces pretendía aprovechar la ausencia del jefe…

La joven hizo un estremecimiento, pero siguió apoyada en el pretil, sin decir nada.

—Todavía no me ha dado una referencia de sus actividades en París.

—Nada volveré a decirle, Willie —contestó ella, con voz de eco.

—¿Qué truco se llevaba usted anoche? ¿Desde cuándo actúa como undraped model?

A pesar de su promesa de no hablar, la joven replicó enseguida:

—Nada le dije de que iba a posar desnuda… ¡Le hablé de unas fotos al rostro! ¡Y era verdad, Willie!… ¡Una horrorosa verdad!

Un golpe de llanto cortó las palabras de «Bambina». Cruzó los brazos sobre la baranda y hundió el rostro en ellos. Durante unos momentos, Willie permaneció inmóvil, desconcertado por lo inesperado de aquel llanto, cada vez más convulso.

—Perdóneme —comenzó a decir, un poco impresionado—. Tal vez me he excedido… En realidad, no tengo ningún derecho para molestar a usted. Yo soy un policía en tierra extraña, y mis facultades, de momento, son muy limitadas. Pero me duele que hayamos llegado a esta conclusión, usted y yo. Hubiera deseado que todas mis sospechas hubiesen resultado infundadas…

—¡Y es usted mismo, el que parecía devorado por las drogas, quien me lo dice! ¡Qué sarcasmo!…

—Era un recurso para mejor llegar a mi fin.

—¡A su fin, no! ¡Al mío, Willie! ¡Usted ha destruido mi vida!

Era un grito tan desesperado el que acababa de brotar de la garganta de la mujer, que el yanqui miró en torno, inquieto.

—Vámonos de aquí —propuso—. Tal vez nos vigilan… Cuando usted esté más tranquila, quizá encontremos una solución.

—¡Márchese usted! —dijo ella, sin gritar, pero en un tono tan sombrío que a Willie le afectó más de lo que ya estaba—. No daré un solo paso con usted. He venido esta noche para pagarle lo que hizo por mí. He venido a avisarle que toda su trama está descubierta. ¡Huya de París!…

—¿Y usted?

—A mí nada pueden hacerme ya…

Se quedó mirando el río, en la misma actitud desesperada que la noche anterior lo hizo Willie. Hasta pareció imitar su voz cuando agregó:

—¡Hundir la cabeza en este lecho negro!…

Y algo captó Willie que le dio la convicción de que todo lo que ella acababa de decir era verdad. Como era terriblemente cierto que tan pronto él la dejase sola ella saltaría la baranda.

Un golpe de lástima le hizo lanzarse sobre la joven:

—¡Pero, muchacha!…

Ella le había presentido y dio un salto atrás, separándose de él:

—¡No se acerque, Willie! ¡Dispararé!

El yanqui vio la silueta erguida de la joven, a dos pasos de él, borrada por la bruma.

—Por su maldita farsa he caído en la trampa, Willie. Me hallaba en sitio seguro, pero su apariencia de hombre enfermo me dolía y quise ayudarle… aunque sólo fuera suministrándole más veneno. Por sus drogas entró en relación con gente que ya me estaba esperando… Anoche lo descubrí, cuando ya no había remedio. Lo que le he dicho de las fotografías era verdad. Aparentaron creer que era yo quien consumía la droga, y me hablaron de un doctor interesado en sacar fotos de intoxicados, para efectos de estudio… Les dije que yo no era, quien consumía la droga, pero no me quisieron creer. Guando les hablé de usted, acabaron por fin creyéndome… pero mi foto seguía interesándoles. Ello me facilitaría la adquisición de más tóxico… ¡Por usted, Willie, caí sin darme cuenta en la trampa que desde hacía tiempo me estaban tendiendo! ¡Y a usted también!… ¡Márchese!

—No… si antes no me dice qué le ha ocurrido a usted.

La joven pareció que iba a avanzar hacia él.

—¿De veras quiere saberlo?… Encienda el mechero.

Willie obedeció.

—Levántelo a la altura de mi rostro —murmuró la mujer.

El yanqui, sin pronunciar palabra, hizo lo que «Bambina» le indicaba. Al levantar el brazo se sorprendió por el temblor que hacía vacilar la llama.

—Si usted escapa a esto… que le persiga al menos mi recuerdo.

Y ahora fue Willie Clewes, hombre de temperamento recio,

fogueado por toda clase de peligros, quien no pudo reprimir un grito de espanto. Lo que tenía ante sí era una calavera cubierta apenas por una piel verde, cruzada de pliegues.

Su estupor duró solo unos segundos. ¿Qué broma era aquélla? Ni Willie era un niño, ni la situación se prestaba para juegos. En una reacción violenta quiso encender de nuevo el mechero, pero éste se le fue de las manos. Se agachó rápido, sin pensar que con ello la joven quedaba sin su vigilancia durante unos momentos. Podía más la curiosidad que sentía de volver a contemplar aquella argucia, tan horrible y al mismo tiempo tan ineficaz, porque estaba convencido de que a nada práctico conduciría. Tanteaba nerviosamente el pavimento, cuando sonó un chasquido y, enseguida, el sordo choque de un cuerpo que se desploma.

Ocurrió en el mismo instante en que su mano tropezaba con el mechero. Sin encenderlo avanzó unos pasos hasta situarse junto al cuerpo inerte. Al mismo tiempo, de la bruma surgieron varias siluetas Eran los compañeros de Willie. Una lámpara eléctrica barrenó la niebla.

Tendida sobre el pavimente veíase a «Bambina», con una mancha de sangre en el pecho, y la mano derecha empuñando todavía una *browning*.

Y cuando el círculo de luz que arrojaba la lámpara llegó a posarse sobre el rostro, se apartó enseguida porque un estremecimiento del brazo que sostenía la lámpara hizo que la luz saltara. El mismo grito que antes brotó de la boca de Willie, se escapó ahora de los otros tres hombres…

III

RADIACIONES FATÍDICAS

Fue hospitalizada en la clínica que el profesor Bruckner recomendó. El mismo fue en busca del doctor Chantier.

Willie se valió de un antiguo alumno del profesor de química, que tenía gran ascendiente sobre su maestro, para que la cadena de facilidades fuera produciéndose dentro de la máxima reserva.

El agente yanqui ya contaba con que al principio hallaría una colaboración fría. Mas una vez en la clínica, todo cambió. Del quirófano salieron el doctor y el profesor de química, y los tres se encerraron en el despacho. La conferencia duró más de una hora.

Cuando Willie salió, sus tres compañeros le rodearon, llenos de ansiedad.

—¿Qué pasa?

Willie hizo un gesto evasivo:

—No se sabe… todavía.

El cirujano y el químico se les acercaron en aquellos instantes.

—Señor Clewes —dijo el doctor—. Atendiendo su ruego, y dadas las circunstancias que concurren en este asunto, me presto a mantenerlo en reserva con la promesa solemne de que ustedes, mientras, empleando los medios que crean más rápidos y seguros, se procurarán la aquiescencia de las autoridades francesas.

—Le he dado ya mi palabra, doctor Chantier —contestó fríamente Willie.

—Entiéndame, señor Clewes… Sentiría mucho herir su susceptibilidad. Pero el asunto requiere que uno y otro nos miremos de frente. Desde el primer momento considero a usted un hombre de honor, y a mí, personalmente, me basta su palabra. Pero como ya le he manifestado antes, el misterio de este caso puede llevarnos

muy lejos. Quiero decir…

—Le entiendo, doctor. Que pudiera darse el caso de que yo fuese quitado de en medio. Es muy probable. Pero esta contingencia ya está prevista. Cualquiera de mis compañeros aquí presentes esta impuesto del asunto de forma que pueda sustituirme En cuanto a la discreción de cada uno de ellos, puede estar usted seguro.

El doctor les tendió francamente la mano.

—Y en cuanto a la responsabilidad que a usted le pueda caber —prosiguió Willie—, pensé ya ponerlo en conocimiento de la Embajada de mi país, cuando apenas tenía idea de la gravedad del caso. Con mayor motivo voy a hacerlo ahora en que la autorizada palabra de ustedes confirma nuestra alarma. Antes de que amanezca espero haber conseguido una discreta colaboración de las autoridades francesas. ¿Le satisface esto?

—En absoluto. Y ahora, si ustedes me lo permiten, voy a ver a la paciente.

El doctor Chantier se alejó por un largo y solitario corredor, a, mitad del cual se detuvo, abrió una puerta y desapareció. En el saloncillo quedaron los cuatro agentes norteamericanos y el viejo profesor. Bruckner permanecía con los brazos cruzados, y de vez en cuando una de sus manos buscaba maquinalmente el lacio y blanco bigote, dándole movimientos de masaje. Tan pronto se marchó el doctor, Willie entró de nuevo en el despacho y llamó por teléfono.

—He comunicado con la Embajada —explicó al regresar—. No está quien nos interesa. Llamarán aquí tan pronto llegue.

De los cuatro que le rodeaban, el profesor era el único que parecía no haberle oído. Seguía en la misma actitud que lo dejó, los ojos semientornados, cruzados los brazos, y de vez en cuando levantando una mano para aplastarse el bigote.

—Profesor… —empozó Willie.

De no hallarse todos tan imbuidos de la gravedad del momento y no impedírselo el respeto que les infundía el viejo hombro de ciencia, hubieran soltado la carcajada por la manera con que el anciano salió de su ensimismamiento.

—¿Qué?… ¿Había usted dicho algo? Tenga la bondad de repetirlo…

—No he dicho nada, profesor. Iba precisamente a solicitar que usted nos hablara…

—¡Imposible, señor Clewes! No puedo decirles nada que valga la pena de ser tenido en cuenta. Estoy aturdido… Las misteriosas radiaciones que han intervenido para destruir ese rostro, es algo que escapa a mi conocimiento. Si ocurriese la fatalidad de que esa muchacha no sobreviviera…

—¡Eso no ocurrirá, profesor! —interrumpió vivamente Willie—. ¡Ella vivirá!

Tanto Bruckner como los agentes se quedaron mirando a Willie, un poco sorprendidos por el calor que éste había puesto en sus palabras. Willie sintió la mirada de sus compañeros como algo que se introducía en lo más hondo de su ser y estuviese escarbando en sus más recónditos sentimientos. Quiso disimular:

—No debemos perder la confianza de que esa mujer viva… De lo contrario, este misterio permanecería todavía más cerrado.

—Indudablemente. Las declaraciones que nos pueda hacer la víctima serán de un valor incalculable. Tan pronto usted lo decida, yo requeriré la ayuda de expertos en radioactividad. Aquí hay algo inexplicable… algo que yo no alcanzo. Apenas vi la víctima me sobrecogí. Supuse a ustedes metidos en un envenenamiento radiológico, por contacto con ella. Pero el indicador Geiger no dio señales de radioactividad… Y estoy seguro de que ahí ha habido una corrupción de células producida por tóxico radiológico.

Por el pasillo vino apresuradamente un enfermero. Sin decir nada, se metió en el quirófano. Enseguida salió, llevando una caja alargada, de metal brillante.

Al pasar, se encontró con la mirada del profesor.

—Otra transfusión —dijo brevemente.

Willie sintió impulsos de seguir tras él, de preguntarle. Pero no se movió de su sitio.

—¿Data de mucho tiempo su amistad con el diplomático italiano? —inquirió, tras un breve silencio.

—Oh. De mucho… Desde su matrimonio, al poco de terminar la primera guerra. Desde entonces no he dejado de frecuentar su casa. No suelen tener muchas relaciones, a pesar de su posición. Para la mayoría resultan un poco… ¿Cómo diría yo?…

—«Raros» —ayudó Willie.

—No raros precisamente… Yo que ya estoy acostumbrado a sus caracteres, casi no me doy cuenta. Pero si lo medito, me explico el

aislamiento en que viven. El italiano; ella, francesa… pero los dos parecen cortados de la misma lámina. Y en cuanto a esa muchacha, no es extraño que yo no la haya visto antes. La mansión de los Pisciotta es inmensa, pese a que los dueños se limitan a vivir en tres o cuatro habitaciones, cada una de las cuales no es mayor que este saloncito. Por lo que usted me ha dicho, tampoco resulta extraño que esa muchacha, apenas llegada a París, fuera a parar a esa casa. El que Alessandro Pisciotta guste de vivir aislado, no quiere decir que se haya desentendido absolutamente de los demás, y especialmente de sus compatriotas en peligro, sin detenerse en consideraciones políticas o morales. La invasión nazi le produjo algunas molestias, debido a que sospechaban que ayudaba a la resistencia. Pero no pudieron probarle nada. Luego, cuando la liberación, nadie se metió con él. Pero yo estoy seguro de que ha estado presentando la escudilla repleta de comida a todo aquel que ha llamado a su casa, sin mirar el color de derrota que éste llevaba arrastrando. Éste es mi amigo Alessandro Pisciotta. Y lo mismo tengo que decir de su mujer, mi compatriota Gisela.

—Se impone una visita a esos señores —dijo Willie—. Pero desearía que fuera usted nuestro introductor.

—Saben ustedes que me tienen a su entera disposición. Norteamérica es mi segunda patria. He pasado allí muchos años de mi vida. Y el último período, particularmente. Me refiero a la última guerra. Mientras tres partes del mundo ardían; mientras mi patria se retorcía bajo los trallazos de la adversidad, yo he tenido el sino tristemente glorioso de acompañar en su país a colosos de la ciencia en sus primeros pasos de desintegración nuclear.

El profesor se interrumpió, haciendo un gesto que se inclinaba tanto, a un impulso de modestia como a un rasgo de picardía.

—¡Pero qué estoy diciendo a ustedes, si antes de decidirse a hablarme ya habrán hecho una ficha completa de todos mis pasos!

Una sonrisa ambigua fue la respuesta de los agentes.

—Por si no lo saben, he de manifestarles también que mantengo correspondencia particular con varios elementos de la
A. E. C.
[2] No interpreten esto como impertinencia. Es que, como momentos antes les dijo el doctor, en este asunto debemos mirarnos todos de frente. Si arrancamos con recelos, temo que no hagamos nada. Y,

deben ustedes creerme: este asunto me está interesando tanto como a ustedes, no ya por la incógnita que encierra, sino porque presiento que el autor de todo esto lleva un propósito de mayor amplitud que tomar una represalia sobre el rostro de una muchacha.

—Es lo mismo que recelamos nosotros, profesor Bruckner —manifestó Willie, en tono sombrío, pero al mismo tiempo satisfecho por las palabras que acababa de oír al anciano—. Nos complace esta coincidencia, a pesar de que no tiene nada de halagüeña.

Sonó el timbre del teléfono y Willie corrió al aparato. Regresó enseguida.

—Es de la Embajada. Quien nos interesa nos está aguardando. Acompáñame tú, Andrew. Vosotros dos quedaros aquí. Procuraremos no tardar.

Se quedó mirando a Bruckner, como no atreviéndose a decir lo que pensaba.

—Creo que desea que le acompañe —dijo el anciano.

—Efectivamente. Mi intención es que desde un principio le den al asunto el valer que merece. Y ciertos aspectos científicos son para mi inabordables.

—Desde luego. Y quiere que sea yo quien se vea en el atolladero… Porque no esperará que yo de ninguna solución.

—Pero les hará ver el alcance que esto tiene. No vacile en cargar la nota. Conozco al personal de las Embajadas y de las Jefaturas de Policía… Y aquí lo que interesa es que antes de que amanezca, un representante de la Policía francesa y yo estemos poniéndonos de acuerdo.

Iniciaron la salida por el largo corredor. El agente llamado Andrew, el más alto de todos, marchaba delante. Al pasar por la habitación en que se había metido el doctor, la puerta se abrió. Era el anciano Chantier quién había aparecido. En su mirada había un brillo exaltado. Sin pronunciar palabra, hizo signo de que cuidaran no hacer ruido y les invitó a pasar.

Willie hubiera preferido no verla. No quería deshacer la encantadora imagen que conservaba en su recuerdo. Esta horrorosa máscara verde, era sólo una pesadilla. A cada instante despertaban, quemándole, las últimas palabras que oyó decir a «Bambina»: «Si usted escapa a esto… que le persiga al menos mi recuerdo…».

«Me llamó Adina Angeli… No tiene ya necesidad de simular que

no lo sabe…». En las pocas horas que habían transcurrido desde que oyó estas palabras, infinidad de veces habían vuelto a sonar en sus oídos, mortificándole. Lo mismo que los hechos que ella refirió a continuación, tan escépticamente escuchados por él «¡Willie! ¡Usted ha destruido mi vida!».

Todo aquello, incluso las lágrimas de Adina, apenas habían hecho más que rozar su ánimo, acorazado de rencor porque en el último momento la idea de que ella era culpable y mentía cínicamente le dolía, a pesar suyo. Y sólo en el horroroso segundo en que vislumbró su rostro destruido; en el instante en que sus oídos captaron aquel chasquido con que ella selló su confesión, Willie sintió que todo su ser se volcaba a creerla… cuando ese cambio de actitud ya no conducía a nada. Durante dos meses aquella criatura que había estado a merced suya, atormentada por su grotesca farsa…

Dejó que el profesor y Andrew pasaran delante y formaran una especie de muro ante el lecho. Apenas avanzó unos pasos, cuando el profesor se volvió y, cogiéndole de un brazo, no sólo le impidió que pudiera ver a la paciente sino que le indicó salir. Willie obedeció.

Esperó unos instantes en el pasillo, casi sin tener conciencia de lo que hacía. De pronto vio que la puerta de la habitación volvía a abrirse y salían el profesor y Andrew.

El anciano parecía ahora tan exaltado como antes lo estuvo el doctor Chantier.

—¡Señor Clewes! Váyanse ustedes a la Embajada… Algo está ocurriendo que me obliga a permanecer aquí.

Willie le miró presa de terrible angustia, y el profesor adivinó.

—No, señor Clewes… Lo que sucede es algo esperanzados Le he hecho salir de la habitación porque creo que en realidad ése era su deseo… como sería el mío si me hallase en la situación especial de usted. Si la cosa prosigue como ahora, manténgase sin verla hasta el momento oportuno.

—¡Por favor, profesor Bruckner! —interrumpió Willie, casi sin voz—. ¿Qué es lo que sucede?

—Que el rostro despierta… Tal vez ese tiro ha sido providencial, indicándonos el camino a seguir.

—¿Y cuál es?

—En principio, renovar la sangre. Se van a proseguir las,

transfusiones. ¡Váyase, señor Lleves, y clame en las alturas por conseguir ayuda! El asunto sigue teniendo gravedad… aunque esa joven se salve.

—Descuide, profesor —respondió Willie, profundamente emocionado—. Tan pronto llegue a la Embajada, llamaré aquí. Vámonos, Andrew.

Aquella llamada no se produjo en toda la noche. El coche que conducía Willie, al salir de la avenida Gobelins para enfilar el bulevar de Port Royal, tuvo que hacer una rápida maniobra y meterse entre los árboles que bordeaban la calle, porque, inopinadamente, un camión que marchaba en dirección contraria se les echó encima. El pesado vehículo no se detuvo.

Aparentemente el coche de Willie estaba seriamente averiado. Era de suponer que sus ocupantes tampoco habían salido ilesos. Tal vez contando con ello fue por lo que otro coche turismo, yendo a muy poca marcha, torció la esquina de Gobelins y fue avanzando, tomando una dirección lo más arrimada posible a dónde estaba el coche un poco volcado.

Antes de llegar, aun con el coche en marcha, un hombre saltó a tierra. Unos haces de luz alcanzaron su mano derecha, en la que relució una pistola. Primero dio unos pasos confiado. Enseguida echó a correr, como si de repente le hubiese asaltado la idea de apostarse tras un árbol, antes de acercarse al vehículo.

Pero lo decidió demasiado tarde. Cuando faltaban sólo unos pasos para que llegase al árbol, del coche medio volcado salieren unos disparos y el hombre cayó. Casi al mismo tiempo, del vehículo que todavía no se había detenido respondieron otras armas, en tanto aceleraba la marcha desapareciendo enseguida bulevar abajo.



...del coche medio volcado, salieron unos disparos y el hombre cay...

Willie y su compañero se hallaban estirados en el suelo, casi metidos en la carrocería. Clewes se incorporó de un salto.

—¿Qué, Andrew?

Éste también se levantó, aunque no tan rápido.

—Un arañazo en un brazo.

—¿Puedes hacer fuerza?

—Desde luego.

—A ver si podemos sentir el coche.

No tardaron en conseguirlo. A aquella hora tan avanzada, cualquier palabra o pequeño ruido sonaba perfectamente en la solitaria calle. Con mayor motivo los disparos. Comenzaron a abrirse algunos balcones.

Willie se sentó al volante y vio con satisfacción que todos los resortes respondían. Hizo retroceder rápidamente el vehículo hasta donde se hallaba el desconocido. Andrew ya estaba aguardándole allí.

—¿Qué?

En unos segundes lo metieron en el coche. Enseguida dieron un viraje, desembocando otra vez en la avenida. En un principio Willie tenía la idea de volver a la clínica. Pero cambió de parecer.

—¿Podrás aguantar hasta la Embajada, Andrew?

—¡Desde luego, Willie!… Todo será que luego el traje lo tenga que tirar.

—Procuraremos que el señor Embajador te facilite uno de los suyos… aunque te venga un poco corto.

A toda velocidad pasaron la avenida, y unos instantes, después se hallaban al otro lado del Sena. Durante un buen rato, Willie parecía haber olvidado todo, dedicaba su atención al volante, y a no perder la orientación en el continuo cruce de calles.

—¿Cómo va, Andrew? —preguntó de pronto.

El otro pareció despertar.

—Yo, bien —dijo con voz somnolienta—. Nuestro «acompañante» es el que creo que no llega…

—Peor para él. Aunque de veras lo siento. Nos convendría cazar un pájaro en condiciones de «cantar».

—Éste… me parece que…

Se calló. Willie iba a volverse pero en ese momento hacía una maniobra en el volante.

—Sigue. ¿Por qué te callas?

—Tenía… hipo —respondió el otro, queriendo bromear.

Pero Willie comprendió y paró el coche.

—¡Andrew! ¿Por qué no has dicho la verdad? Se hallaba medio derribado en el asiento, el pecho cubierto de sangre. El otro,

arrimado al mismo ángulo en que lo habían dejado al partir.

Clewer desabrochó la camisa a su compañero. Éste pareció recobrarse del desvanecimiento.

—Sigue, Willie… Ya estamos cerca… Esto no es nada…

Willie volvió a sentarse al volante, porque, efectivamente, iban a desembocar ya en los Campos Eliseos. Unos instantes después el coche entraba en el amplio patio de la Embajada norteamericana.

El inspector de policía francés, André Pevel, volvió a ponerse en la boca su medio cigarro puro, y más que sostenerlo con los dientes pareció dispuesto a mascarlo.

—Como usted mismo ha podido apreciar, la «yanquilización» del bandidaje no puede ser más completa. Sólo nos faltaba que el cerebro director fuese italiano… Bien, amigo Clewes. Los norteamericanos no pueden quejarse de esta postguerra. El Made in U. S. A cunde.

No era molesta ironía lo que brotaba de la boca del francés. De su rostro feo; de su bruñida calva y de aquellos chispeantes ojillos fluía un algo que enseguida arrastraba a la simpatía.

A los pocos minutos de conocerse, Willie ya se sentía su amigo. Impulsado por la satisfacción que experimentaba, el yanqui se puso en pie.

—Amigo Pevel: Este asunto está mostrando un fondo que se diferencia en absoluto del *gang* standard. Cuando atacan, lo hacen bastante torpemente. Hace dos noches, a orillas del Sena…

Pero cuando el yanqui se disponía a referir la agresión de que había sido objeto por dos individuos, a orillas del río, en la que solamente cuando las cosas se pusieron molestas para los agresores uno de ellos se decidió a sacar un cuchillo, no pudo continuar, suspenso por una idea simple, pero que hasta entonces no se le había ocurrido.

—Tal vez todavía no tenían orden de quitarme del medio definitivamente… Querrían hacer conmigo lo que con esa joven…

—Que mi impaciencia por verla está haciendo que me coma este cigarro.

—La verá. Le anticipo que no es nada agradable.

Willie se situó ante un ventanal. La noche se estaba rompiendo.

—Manejan mal las armas automáticas. Ahora no vería yo este amanecer si entre los que nos atacaron esta noche hubiese habido

algún big shot[3].

—No lo lamente, pues —dijo Pevel, mirando la punta mascada del puro—. Aunque su compañero tal vez no opine como usted, en eso de que al enemigo le falta puntería.

—No es nada lo de Andrew. —Y volviéndose rápidamente a mirar al francés, agregó, riendo—: Sin darnos cuenta nos estábamos metiendo en un debate de competencias… Pero lo que en un principio yo quería hacerle notar, amigo Pevel es él contraste que ofrece la torpeza de esos hombres, de acción con la capacidad de su cerebro directivo. No es una mentalidad vulgar la que ha sabido utilizar medios científicos, para realizar una represión que ha desconcertado a hombres magníficamente preparados.

—Estoy de acuerdo.

—Y esto creo que es lo que no debemos perder de vista en ningún momento. El «racket» de drogas debe pasar a segundo, término, en tanto este otro tóxico no nos aclare qué es lo que en definitiva persigue, y en qué consiste…

Se abrió la puerta del despacho, y apareció Andrew, el brazo en cabestrillo y un lado del torso abultado de vendajes. La sonrisa que había forzado no conseguía romper la grave impresión que producía su pálido rostro.

—¿Estorbo?

—¡Oye, Andrew! —exclamó Willie, verdaderamente enfadado—. El doctor te mandó acostarte. ¿Por qué no obedeces?

—No me riñas —balbuceó el otro—. Me sentía casi bien. Y no podía soportar que en la habitación inmediata a la mía estuviese el individuo agonizando, llevándose a la tumba unos pingajos que tal vez nos pudieran servir… ¡Fue una corazonada, Willie!

—¿Qué? —Y los ojos de Clewes relucieron de esperanza—. ¡Él no hablaba!

—¡Sí, Willie! ¡Ha hablado! Ya medio hundido en la muerte, sus labios han murmurado tres palabras. Tal vez sólo sirvan para marearnos, pero…

La palidez de Andrew crecía por momentos. Willie y el inspector francés le cogieron.

—Siéntate, y no hables ahora. Sólo tres palabras. Dilas por orden. La primera ha sido…

—Avión —musitó Andrew.

—La segunda…

—Cairo.

—La tercera…

—Sí. —Y el monosílabo salió tan apagado que más bien pareció un ademán.

Derribado en el sillón, un brazo extendido, a medida que la luz de la ventana se iba apoderando de la estancia caía sobre el rostro de Andrew como una pesada losa que le estuviese aplastando.

—Escucha ahora, Andrew: La primera palabra fue avión. La segunda, Cairo. ¿Y la tercera?

—Sí.

Se hizo un profundo silencio. Willie y el francés parecieron aislarse, absorbido cada uno por sus pensamientos. De pronto, los ojillos del inspector Pevel parpadearon:

—Creo que debíamos ir a ver a ésa, joven. Si ella estuviese en condiciones de hablar… ¡Pero!…

Sus ojillos parecía que iban a desgarrarse, en una reacción de asombro. Retrocedió unos pasos y quedó como petrificado. Su boca quedó entreabierta, y el puro medio mascado se desprendió cayendo sobre la alfombra.

Willie, que se hallaba frente a él, salió de su abstracción, impulsado por el gesto del francés. Siguió la mirada de éste y se volvió.

—¡Andrew!

Éste continuaba medio echado en el sillón, mirándoles con ojos cada vez más fulgentes.

Y no era la luz del día la que hacía que su rostro hubiese pasado de la palidez a un verde cada vez más intenso. Y la piel como si fuese perdiendo la almohadilla de carne, se iba pegando al hueso, cada vez más rugada…

IV

TRES VOCABLOS

Ni en la pistola del hombre muerto, que el mismo Willie tuvo cuidado de recoger, cuando se disponían a escapar del bulevar de Port Royal; ni en los impactos del coche, se encontraron contaminaciones radioactivas. No obstante, todo parecía indicar que la intoxicación de Andrew había sido producida por los disparos hechos desde el coche de los desconocidos.

En la clínica del doctor Chantier se enfrentaron ante el mismo problema de Adina Angeli, pero el de Andrew planteado desde otros ángulos.

Aquella mañana, la joven ya pudo hablar Sus escuetas manifestaciones reafirmaron lo que el doctor y el profesor Bruckner ya suponían: el tóxico había sido disparado por determinado reflector, en el momento en que simulaban estar fotografiando a la joven. Adina, al sentir la luz sobre su rostro, percibió un leve escozor, luego un calor intenso… Recordaba que tuvo un instante en que sintió impulsos de saltar del sillón en que se hallaba sentada. Pero no pudo hacerlo. No sabía decir si fue que las fuerzas le faltaban, o que, sin ella darse cuenta, la habían sujetado al sillón.

Existía un espacio de muchas horas que ella no sabía cómo llenar. Ignoraba si aquel intervalo lo llenaba de un sueño profundo. Lo que recordaba perfectamente era el sonido que puso en función a su cerebro. Era una vocecilla forzada, de volumen reducido, pero muy violenta. Tenía presento incluso lo que aquella voz sugirióle, apenas la oyó: una marioneta que, de pequeña, la hizo reír muchas veces; era una vocecilla idéntica a la de un monigote muy irascible, y que siempre recibía los palos.

Adina oyó esa voz cuando aún tenía los ojos cerrados, todavía

turbia su percepción.

—¿Recuerda lo que decía? —preguntó el inspector Pevel.

—Las primeras palabras, no —contestó Adina. Fue después que intervino otra voz más gruesa, que empecé a percibir las palabras. El de la voz gruesa no sé tampoco qué dijo, pero oí claramente que la vocecilla le replicó, muy irritada. «¡No quiero muerte! ¡Muerte total, no! ¡Entiéndalo de una vez!». Y sentí unos pasos suaves aproximarse a dónde yo estaba. Y la sensación de alguien que se inclinaba sobre mi rostro. Quise abrir los ojos pero no pude. Noté el aliento de la vocecita cuando dijo: «Es preferible esto».

Sobre la cama, apenas si se distinguía la silueta de la enferma, la huella que su cuerpo dibujaba por debajo de la cobertura. Menos todavía podía distinguirse su cabeza. La luz estaba proyectada de forma que sólo daba al ángulo en que se hallaban el inspector Pevel, dos compañeros de Willie, el doctor y Bruckner. Por decisión de Adina, Willie no estaba presente.

A pesar de que la enferma tenía la garantía del doctor de que ninguno de los policías vería su rostro, a la sola alusión de Willie la joven se estremeció.

—¡No! ¡El, no!

—Pero tranquilícese, señorita —intervino el profesor—. Si él no ha de verla.

—¡Que no se acerque a mí… o no hablaré!

Todos los presentes pudieron darse cuenta de que no era sólo su vanidad de mujer la que se disponía a la defensa. Allí había más: un odio tan fuerte, tan dispuesto al ataque, que en todos hubo la sensación de que les envolvía una vaharada de fuego.

Willie, al tener noticia de ello, manifestó:

—Es lo mínimo que puede hacer: odiarme. Permaneceré aparte. Pero procuren sacarle qué clase de individuos le llevaron a la encerrona.

Aquel primer interrogatorio fue muy breve. Sólo con esa condición accedió el doctor a que se realizara. Acerca de los individuos, lo que Adina manifestó fue muy vago. Que se había encontrado con un compatriota, amigo de la infancia…

—¿Qué se llama? —inquirió uno de los compañeros de Willie.

—Vedo. Vedo Roccaro. Pero ahora usa otro nombre.

—¿Cuál?

—Lo ignoro. Pero sé que nadie lo conoce por Vedo, porque luego pregunté. Lo vi consumido por las drogas. Al hablarle de ello, me dijo que estaba en tratamiento. Un sistema nuevo, que había dado resultados maravillosos, sin necesidad de soportar los horrorosos tormentos de otros sistemas de curación, «que la mayor parte de las veces —me dijo él— son inútiles». Entonces yo me fingí aficionada a las drogas y te manifesté mi deseo de escapar de aquel yugo. Me prometió ayuda… Quedamos citados para el día siguiente, en un café. Me presentó a un señor grueso, elegantemente vestido, y que llevaba gafas ahumadas. Era el «doctor».

—¿Y no le extrañó que esa entrevista con un doctor se efectuara en un café? —atajó Pevel.

—Sí. Y sin necesidad de que yo dijera nada, el hombre grueso lo explicó, al mismo tiempo que sonreía: «Fíjese: Toda esa gente está envenenada, pero huye al remedio». Me indicó las otras mesas. Era un establecimiento de aspecto muy sombrío, de un olor áspero. Palaiseaus creo que se llama, en la calle. Muid…

Una vez más, el lápiz de los policías se deslizó sobre el grueso block.

«—Tengo que buscar a mis pacientes —siguió el señor grueso—. Les facilito droga, y sólo así consigo que se presten a la fotografía. La foto me permite un conocimiento exacto del individuo, y ya sé entonces por dónde atacarle. Conseguir esa fotografía equivale a tener media batalla ganada…».

Adina hizo una pausa, como agotada. El doctor parecía dispuesto a intervenir, aconsejando que el interrogatorio se suspendiera.

—Un momento —manifestó la enferma, adivinándole—. Es poco lo que me queda por decir… Prefiero hablar de ello ahora, para no volverlo a recordar… Caí en la trampa fácilmente, porque me deslumbró la idea de que podría salvar a alguien… La entrevista decisiva se efectuó dos noches después. En una esquina de la avenida Tourville, me esperaba un coche. No sé a dónde me llevó. Nada se podía ver desde dentro. Sé que pasó más de media hora, y que el coche tomó muchas direcciones… Cuando el coche se paró, y se abrió la portezuela, me vi ante un chalet, y en lo alto de la escalera que precedía a la entrada, al «doctor». Enseguida me hicieron pasar a la cámara fotográfica… Vi varios focos, sobre

soportes de metal, y una máquina idéntica a las que se ven en las casas de fotografía…

—¿Quién había allí? —preguntó uno de los policías yanquis.

—Sólo vi al «doctor», que fue el que hizo que me sentara. Pero yo tenía la impresión de que había alguien más… No pude comprobarlo, porque los focos se encendieron enseguida y me deslumbraron…

Tras un pequeño silencio, agregó con voz desfallecida:

—Eso es todo lo que recuerdo.

No. Quedaba más. Faltaba saber cómo salió del chalet; en qué momento se dio cuenta de los estragos producidos en su rostro. Pero ése era un punto demasiado difícil para ser planteado en aquel momento.

Ninguno de los policías se atrevió a seguir preguntando. Instantes después, Willie tenía una referencia exacta de lo hablado.

—Hay mucho trabajo a la vista —concluyó Pevel.

—Sí, inspector —asintió Willie—. Y noticias desagradables. Esperaba que la declaración tuviera referencias más concretas.

—No hay que desesperar —empezó el francés, disponiéndose a explanar toda una serie de conjeturas.

—Un momento Pevel —le interrumpió Willie—. ¿Durante el interrogatorio no ha visto salir al doctor?

—Sí.

—Supongo que nada les ha dicho cuando ha entrado de nuevo.

Y Willie paseó una mirada desesperada sobre el rostro de sus compañeros y del inspector francés. En dos zancadas llegó a la puerta que había a continuación de la del quirófano, y la abrió de un empujón.

—¡Ahí tienen una noticia más concreta!

Sobre una cama yacía el cadáver de Andrew. La sábana blanca le tapaba la cabeza. Willie descorrió la tela, que quedó doblada sobre el cuello. La sábana parecía cortarle la cabeza.

Una cabeza verde de estatua de bronce que estuviese podrido por siglos de enterramiento.

Los cuatro hombres se situaron en torno a la cama, y durante unos momentos nadie fue capaz de decir nada. Apareció en la puerta el profesor, seguido de Chantier. Los dos estaban tanto o más afectados que los policías.

—Debió decírnoslo enseguida que ocurrió —murmuró Willie al ver al doctor.

—Se lo consulté a Bruckner. Convinimos en callar hasta después que se efectuase el interrogatorio. Ninguno de ustedes se hubiera comportado con la serenidad que lo han hecho ahora, y el menor descuido puede ser fatal para la paciente. Nos hallamos en el momento más difícil. Estamos haciendo algo más que despertar su rostro. Hay que volver a encender en ella los deseos de vivir.

En el momento en que iba a empezar el interrogatorio, el doctor les había comunicado que Andrew dormía y que nadie debía molestarle. No obstante, Willie, en los momentos en que estuvo solo, no pudo contener su impaciencia y sigilosamente abrió la puerta. La impresión que le produjo puso en él incontenibles deseos de gritar, y dar golpes. Recibía aquella noticia en el momento menos oportuno, cuando el dolor y la irritación que le producía el verse apartado por Adina mantenían sus nervios tensos.

—¡Ya sabéis lo que a cada uno de nosotros nos espera! —Manifestó Willie en tono sombrío—. Vosotros diréis si estáis dispuestos…

Y el agente del
F. B. I.,
se quedó mirando a sus dos compañeros de una manera insidiosa, como si buscase irritarles o se complaciese en su tortura.

—Ninguno está obligado a proseguir. Nuestra misión era otra. Podéis muy bien trasladaros a Italia, a la caza del racket…

Uno de los agentes, Harold Peed, miró tristemente a su compañero:

—¿Por qué haces esto Willie? Tú no tienes la culpa de lo que, sucede.

Éste no dijo nada. Se veían los músculos del rostro cada vez más tensos, conteniendo una explosión de llanto. En silencio, lentamente, extendió una mano, cogió la sábana y tapó la cabeza de Andrew. Luego se dirigió a la puerta. Bruckner y Chantier le dejaron paso.

Apenas hubo salido, los dos agentes yanquis se dispusieron a hacer lo mismo, pero el inspector francés les detuvo con un ademán.

—Déjenlo solo.

—Es extraño —repuso Reed—. Nunca se ha comportado así.

—Ni nunca se habrá visto en un tranco semejante. Él se ha dado ya cuenta del alcance que tiene el asunto en que nos hallamos metidos. Nosotros, tal vez todavía no. Si acaso, ustedes…

Y se quedó mirando al químico y al doctor. Éstos rehuyeron encontrarse con su mirada, pero su palidez decía bastante. Pevel, en un movimiento automático, había sacado del bolsillo superior de la americana un largo cigarro que se puso en la boca, y comenzó a moverlo arriba y abajo, a un lado y otro.

—Creo que estoy comenzando a tener conciencia de lo que sucede —dijo—. Y cada uno tiene su manera de dar escape a los nervios. Mi sistema es mascar un puro. A veces resulta un poco caro…

Fueron saliendo de la habitación. No hallaron a Willie en el saloncillo. A través de la puerta cerrada del despacho oyeron su voz, hablando por teléfono.

Instantes después, la puerta se abría. El Willie Clewes que apareció, era otro. El rostro sereno, la mirada limpia, tal vez con unos destellos de dureza.

—John: Tú le quedarás en la clínica para atender a los que van a venir de la Embajada.

—Perfectamente —dijo con naturalidad el aludido.

—Harold: Tú te pondrás de acuerdo con el inspector Pevel, y ya convendréis por dónde empezáis las pesquisas. Por mi parte, si el profesor Bruckner no tiene inconveniente en acompañarme, voy a efectuar una visita a la familia Pisciotta. Y en cuanto a usted, doctor, puede solicitar desde este momento, sin ninguna clase de reservas, cuanta ayuda necesite, tanto técnica como de seguridad. Nuestra Embajada pondrá a su disposición toda clase de recursos, y ni que decir tiene que las autoridades francesas van hacer lo mismo.

Se quedó mirando a Pevel y agregó:

—¿De acuerdo, inspector?

Los ojillos del francés parecían distraídos, fijos en un punto vago:

—¿En qué piensa, amigo Pevel?

El otro reaccionó quitándose rápidamente el puro de la boca, ya medio mascado.

—Pienso que, tan pronto salga a la calle, me proveeré de

cigarros.

Antes de que Willie plantease la pregunta concreta, Alessandro Pisciotta se adelantó a contestarla.

—Sí. Sé perfectamente lo que busca usted. Pero siento decirle que desde hace unos días esa joven no está en nuestra casa.

—¡Adina! —exclamó su mujer, una rubia pequeña, nerviosa, de grandes ojos azules.

Su marido, moreno, alto, pero tan nervioso como ella, se movió en su sillón:

—Sí; Gisele.

—No, no está aquí —remachó la francesa. Y mirando gravemente a Bruckner—: Profesor: Haga el favor de decir a su amigo que fíe en nuestra palabra.

—¡Pero si no dudo, señora! —protestó seriamente el yanqui, que todavía no tenía una idea clara de la manera de ser de los Pisciotta —. Desgraciadamente, sabemos cierto que no se encuentra aquí.

—¿De veras? —inquirió, rápido, Alessandro—. ¿Y cómo lo sabe usted?

—Eso es: Nos gustaría conocer cómo lo sabe usted —se adhirió la mujer.

—Nosotros podíamos haberle engañado y tener a esa chica escondida. Otras veces hemos engañado a otros policías… Es divertido engañar a la gente que se cree infalible. ¿No le parece a usted así?

El profesor miró aterrorizado a Willie, temiendo que éste reaccionara con alguna violencia. Pero el yanqui estaba ya entrando en situación.

—Efectivamente, es divertido —contestó tranquilamente—. Sobre todo cuando se disponen de medios con que reparar los vidrios rotas.

—¡Exactísimo! —exclamó Alessandro, con un cinismo excesivamente fuerte para ser normal.

—Por ejemplo: No tiene ninguna importancia mandar, todos los días el coche a recorrer París, sin otra finalidad que la de quemar gasolina.

—No. Existía, y tal vez existe, otra finalidad —atajó el exdiplomático.

—¿Cuál?

—Distraer a los agentes que vigilaban la casa. ¿Por casualidad es usted uno de ellos?… No recuerdo haberle visto. ¿Y tú, Gisela?

—Tampoco —respondió ella, mirando a Willie con toda fijeza.

Alessandro se cruzó de brazos y puso una cara profundamente preocupada:

—Desde luego, hay oficios desconcertantes. Por ejemplo, los que exhuman cadáveres. ¿Quieren ustedes decirme en qué puede pensar un hombre que se pasa el día metiendo calaveras y tibias en una espuerta?… O los que se pasan el día en una sala de disección… En fin, manías que, si me fuerzan mucho, me prestaré a admitir que sean como otras cualesquiera… Pero ¿qué objeto tiene el que un hombre esté horas y horas, y más horas, un día sí y otro también, allí, en aquella esquina, o dando vueltas por aquel jardincillo?…

Y al decir esto, Alessandro señalaba a un gran espejo en el que precisamente no se veía nada.

—Gisele: ¿Apuestas a que hoy le toca al larguirucho?

Willie se estremeció.

—Proyecta, Gisele. Va apostado.

La mujer, sin necesidad de levantarse, con sólo alargar un brazo alcanzó un botón que había en la pared y lo oprimió. Se oyó enseguida una especie de zumbido, como el de un aparato de radio que se estuviera calentando. En el espejo, seccionado en cuatro parles, fue plasmándose una perspectiva de la calle.

—Amplía por secciones —mandó el exdiplomático.

Gisele volvió a oprimir el botón, y tres partes de la imagen desaparecieron, en tanto la que quedó fue ensanchándose, hasta cubrir el espejo. Veíase un trozo de fachada, con su amplio portal y el primer balcón, con macetas de flores que se distinguían perfectamente.

—Sección segunda.

Ahora apareció un pequeño jardín, con su surtidor en medio.

—Tercera…

Instante después, Alessandro se daba una palmada en una rodilla:

—Apaga. He perdido. No se ve al larguirucho.

—Señor Pisciotta —dijo Willie torvamente—. Hubiera ganado usted, porque hoy le tocaba venir al larguirucho.

—¿Verdad? —gritó Alessandro entusiasmado—. ¿Y por qué no

ha venido?

—Porque anoche lo mataron —dijo sombrío, escueto, haciendo esfuerzos por contener un estallido de cólera.

Y con la facilidad con que un niño pasa de mi estado de ánimo a otro totalmente opuesto, el matrimonio Pisciotta se puso pálido; en los ojos apuntaron las lágrimas y, al mismo tiempo, un brillo atemorizado o de desencanto, como si estando acariciando a un animal, confiados, éste, volviéndose de pronto, les hubiera mordido.

—¡No!… —murmuró foscamente Alessandro.

—Adina también ha sido agredida…

La esposa del italiano se puso las manos en las sienes. Al mismo tiempo que se las apretaba fuertemente, miró al profesor. Éste movió la cabeza afirmativamente.

Alessandro Pisciotta se puso de pie, y dio unos pasos en dirección a dónde estaba Willie. Parecía otro hombre distinto.

—Señor…

—Glewes —apuntó el profesor.

—Señor Clewes… Si existe algo que pueda disculpar mi actitud de antes, indígnemelo. Esto me ha afectado mucho. Yo no podía suponer…

Willie también se había levantado:

—Señor Pisciotta: Apenas dispongo de tiempo… Dígame cuánto sepa de la señorita Adina, y en calidad de qué se encontraba aquí.

—Pues, simplemente, en calidad de compatriota… y por ser pariente lejana de nuestra ama de llaves.

—¿Está en casa esa mujer?

—Sí —contestó la francesa—. ¿Desea usted que la llame?

—Espere un momento. ¿Trataron ustedes a Adina?

—Bastante. Era una chica tan encantadora, que cualquier esposa que no la conociera a fondo debía temerla —manifestó con ingenua sinceridad Gisele, al tiempo que dirigía una rápida mirada a su marido.

—No digas tonterías, Gisele —repuso Alessandro—. Señor Clewes: Como muy bien acaba de manifestar mi esposa, Adina era, y supongo que todavía es, una muchacha de un encanto muy singular.

¿Conocen ustedes por qué salió de Italia?

—Nuestra vida se limita a este espejo. Vemos que la gente va y

viene, y todo lo más que hacemos os apostar. Nunca preguntamos.

—Resulta algo extraña…

—¿El qué, señor Clewes?

—Su pasividad.

El exdiplomático sonrió:

—Señor inspector. Todavía es usted muy joven. Cuando conozca bien el escenario por dentro, tomará, muy pocas comedias en serio… Aunque no creo que eso esté solo en la edad.

—Desearía que no nos apartáramos de la cuestión —cortó rápido Willie, obsesionado por una idea—. Es extraño que habiendo tratado ustedes a Adina, no se percataran de que su llegada a esta casa obedecía a motivos poco normales. ¿Nunca la vieron inquieta, ensimismada?

—Muchas veces —declaró Gisele.

—Casi siempre —agregó Pisciotta—. Pero una ráfaga de su carácter brillante ahuyentaba enseguida este polvillo gris. ¿Me comprende, señor Clewes?

—Tengan la bondad de llamar a su ama llaves —manifestó el yanqui, con la esperanza de que dicha mujer tuviese un carácter menos florido.

Fue peor. Fedora, una italiana de edad algo avanzada, era un manojo de nervios todavía más tenso que el de la pareja Pisciotta.

—¡Adina! ¿Qué le han hecho a mi pobre niña? ¡Señor! ¡Ella es buena! ¡Buenísima!…

—Nadie lo pone, en duda, señora. Pero por bien de Adina misma, es necesario que usted nos diga cuánto sepa acerca de ella.

—¿Y por qué por bien de ella? ¿Qué es lo que le sucede? ¿Es que la han detenido?… ¡Era de esperar, señor! ¡Debió hacerme caso!

—¿En qué?

Fedora clavó en Willie unos ojos como puñales:

—Nada diré, mientras no sepa qué le ha sucedido a Adina.

—Sufrió un accidente… Está herida.

—¡Yo he de ir a verla! —Y mirando a los Pisciotta—. ¿Los señores no tendrán inconveniente?

—Ninguno, Fedora —contestó Gisele—. También iremos nosotros.

—De momento eso no va a poder ser —manifestó el agente—. El profesor les dirá…

—Cierto —intervino Bruckner—. No conviene ahora… por bien de la propia paciente.

Willie volvió a cargar con la anterior pregunta.

—Dígame, señora: ¿En qué debió hacerla caso Adina?

—Se había enamorado de un hombre —empezó Fedora—. Un pingajo, según comprendí después. Se vino con él desde Italia. Un trapo sucio, ¿sabe usted? Algo peor que un malvado. Un podrido por las drogas. Todas las noches Adina iba a verle. Yo le decía: «¡Cuidado, niña, que esos bichos salpican!». Sus ojos, cuando regresaba, nunca eran igual de limpios que cuando se marchaba. Únicamente, la última noche que estuvo aquí, la vi entrar hecha un manojo de campanillas. Me abrazó, me besuqueó. «¡Le voy a salvar, Fedora! ¡Le voy a salvar!». Sabía yo que aquello era mentira, pero no quisa decirle nada. La alegría de aquella noche era demasiado hermosa para mustiársela…

La inesperada aparición de un criado impidió que nadie notara la oleada pálida que inundaba el rostro de Willie.

—Perdonen los señores. Acaban de traer esta carta. Urgente.

Alessandro cogió el sobre y leyó: «Willie Clewes».

—Es para mí —dijo el yanqui—. ¿Quién la ha traído?

—Un motorista, señor.

—¿Aguarda afuera?

—No, señor. Dijo que no esperaba respuesta. Partió enseguida.

El profesor y el agente se miraron.

—Con permiso —dijo Willie, apartándose un poco del grupo y empezando a rasgar con mano nerviosa el sobre. Dentro había un prospecta impreso.

Después de darle varias vueltas, no pudo contener su sorpresa:

—¿Qué significa esto?

El profesor y Alessandro se le acercaron. Willie sostenía desplegado el prospecto de color verde claro, impreso por las dos caras. En una de ellas se veía un dibujo representando las Pirámides, una luna redonda al fondo, en un ángulo en grupo de casuchas y altas palmeras, y en primer término, trazos que daban sensación agua y barcas de vela.

Debajo, con caracteres gruesos, había unas líneas que decían:

CUATRO OPORTUNIDADES

para ver
EGIPTO Y GRECIA
en avión
D. C. SKYMASTER de la Cía. CROUZET

A continuación se veía la silueta de un tetramotor. Y en cada dos páginas de las que formaban los pliegues, se especificaba un itinerario. Tres de ellos ya tenían calculadas las fechas.

El itinerario con el número cuatro, empezaba a regir al día siguiente, 9 de octubre. Estaba, además, punteado con lápiz rojo.

La salida de París era a las 10. De Roma, a las 15'05. Llegada al aeródromo Farouk, Cairo, a las 23´55. (Debajo de la palabra París, había un punto encarnado).

En el tercer día de estancia en El Cairo, donde se especificaba la visita a «Las Pirámides y la Esfinge, a lomos de asno o de camello», había otro punto rojo.

No se veía más puntuación hasta llegar al décimo día, bajo la palabra Acrópolis.

—El teléfono, hagan el favor —pidió Willie.

—Aquí mismo lo tiene, señor Clewes —se apresuró el italiano—. Si desea usted que nos retiremos…

—Nada de eso.

Willie marcó un número y enseguida obtenía comunicación con la clínica. Su conversación fue breve. Soltó el auricular y fue a dónde estaba el grupo.

—Tengo que dejarles.

Al ver que el profesor también se disponía a marcharse, Willie manifestó:

—Preferiría que usted se quedara.

Bruckner le miró extrañado:

—¿No va usted a la clínica?

El yanqui se mostró evasivo:

—Tal vez no.

—No le comprendo, señor Clewes —murmuró el profesor algo confuso.

—No lo interprete mal —se apresuró a aclarar el agente—. El enemigo conoce todos nuestros pasos. En la clínica acaban de entregar un prospecto idéntico al de aquí. Es muy posible que en

plena calle detengan al inspector Pevel y le coloquen otro en el bolsillo de los cigarros… Están más preparados que lo que desde un principio creímos.

—Eso no implica para que yo regrese cuanto antes a la clínica —manifestó el profesor, captando la intención de Willie de no exponerle a un riesgo casi seguro.

Pero el yanqui no accedió. La vida del profesor le interesaba tanto como la suya. Se fue, después de arrancar de Bruckner la promesa de que no se marcharía hasta que Willie enviase por él.

Apenas traspuso el jardín que rodeaba la mansión de los Pisciotta, aceleró el coche, cruzando en unos instantes el bulevar de Reinas, y apenas llegó a la estación del metro de Champerret saltó del vehículo.

Para alcanzar la avenida Gobelins, que era donde se hallaba emplazada la clínica, tenía, que atravesar medio París. El enemigo sabía el desconcierto que sus primeros golpes producían, y se permitía burlarse. Willie estaba seguro de, que, igual que no habían vacilado en llegar hasta la misma casa donde él estaba, en el camino de regreso le tendrían preparada alguna que otra sorpresa que tuviera mejor resultado que la de la noche anterior.

No estaba dispuesto a malgastar sus fuerzas, ni a ofrecer blancos estúpidos. Dentro de la ironía que representaba la entrega del prospecto, Willie veía al enemigo que en muy pocas horas endurecía su ataque. La agresión del coche distaba mucho de la que ocurrió en el puente. La vocecita de marioneta pudo incrustar en los oídos de Adina que muerte total, no.

Pero había muerte total. Y con características tan horrorosas que cada vez que Willie las recordaba, se estremecía, y una desesperante sed de venganza parecía que iba a aniquilarle. Cayó Andrew. Sus lesiones radiológicas tenían, al parecer, un punto de arranque distinto al de Adina. Ésta fue intoxicada desde el exterior, en tanto que a Andrew fue la sangre precisamente la que llevó la destrucción de su organismo.

Todos estos pensamientos se producían vertiginosos en el cerebro de Willie, en tanto que veía pasar una tras otra, las estaciones del ferrocarril Metropolitano. Estos pensamientos no estorbaban en nada su vigilancia. Siempre procurando acorazarse entre la multitud, sus ojos escudriñaban en torno suyo, en tanto la

mano derecha permanecía introducida en el bolsillo de la americana, acariciando la culata de una «Germán Luger».

Por dos veces había hecho transbordo, simulando que se dirigía a la parte Sur de la ciudad, luego al Este. Pero cuando llegó a la estación de la Bastilla, hizo el último cambio, dirigiéndose definitivamente al Sur. Se apeó en la plaza de Italia.

A pie, siempre procurando ir mezclado con multitud, hizo el trayecto que le separaba de la clínica.

Allí esperaba el inspector francés y personal de la Embajada.

—¿Alguna novedad? —preguntó Willie, dirigiéndose a Pevel.

—He dejado gente en los puntos que interesaba y me he venido tan pronto he sabido lo del prospecto. ¿Qué opina usted de esta humorada?

La puerta del despacho se abrió y apareció doctor Chantier.

—Señor Clewes: ¿No ha venido con usted el profesor?

—No, doctor. Pero en el momento que deseemos se hallará aquí. ¿Es muy necesaria su presencia?

—Sí. En el despacho aguardan unos señores. Tres proceden de los Laboratorios de Radioquímica, llamados por el propio Bruckner. Y otros han sido traídos por la Embajada. Pase y se los presentaré.

Momentos después Willie estrechaba las manos a un grupo de hombres, franceses en su mayor parte. Había un japonés, el doctor Tokugawa, y un norteamericano: el profesor Rowe. A éste ya lo conocía Willie por haber intervenido un año antes en un asunto que afectaba a la «Atomic Energy Comission», a la cual pertenecía Rowe.

—El profesor Bruckner se hallará aquí dentro de breves momentos —anunció Willie.

Volvió a unirse con Pevel y le puso en antecedentes de la precaución que había tomado con el profesor. El francés se ofreció a ir personalmente por Bruckner.

—No —dijo Willie—. Mandaremos a otros. Usted y yo apenas vamos a tener tiempo de preparar las maletas.

El francés le miró extrañado.

—¿Para ir a dónde?

—Adonde nos invitan —contestó el yanqui, al tiempo que desdoblaba el prospecto—. Ha sido una gentileza mandarnos este programa. Fíjese: Primero a Egipto… El avión sale mañana a las

diez. Claro que, nosotros, como turistas especiales, podíamos salir unas horas antes, y utilizando una ruta distinta…

El prospecto quedó extendido sobre la mesa. Varias cabezas se inclinaron en torno. El dedo índice de Willie fue señalando:

—Fíjese, Pevel, en estos puntos rojos. Venían ya en el prospecto. Y recuerde las tres palabras recogidas por Andrew…

Y como un eco, el policía francés murmuró:

—Avión… Cairo… Sí…

V

«X-2»

A las pocas horas de hallarse Willie en el Cairo, el encuentro en el magnífico comedor rotonda del hotel le turbó. Lo que menos podía figurarse era que la bellísima June Belden pudiese sentir curiosidad por un país cuya mayor atracción la constituía un pasado infectado de tumbas y momias.

Tres años habían transcurrido desde la última vez que se vieron, y ahora le pareció todavía más hermosa e inquietante.

—¡Willie! ¿Tú aquí?

El *maître* acababa de situarle en la mesa, cuando a dos pasos oyó la voz de June.

—¡Vamos!… ¡Verdaderamente inesperado! —balbució Clewes.

—Siéntate a mi mesa, ¿quieres? A no ser que…

Y entornó los preciosos ojos garzos, conocedora del influjo que ejercía en Willie aquella manera de mirar.

—Esa pregunta soy yo quien debe hacerla. ¿Estás sola?

June indicó las mesas del salón, casi todas ocupadas y se encogió de hombros.

—Sí. Creo que sola.

—¿No te acompaña tu marido?

Ella abrió los ojos con asombro:

—¡Willie! ¿En qué mundo vives? Rod murió hace dieciocho meses.

—Perdona. Lo ignoraba.

Sentados los dos a la misma mesa, cada uno, mientras hablaba, parecía retrotraerse a un pasado tan lejano y tan distinto al presente que en los dos se apreciaba el desconcierto que les producía. Ninguno de los dos parecía situarse en el punto exacto. ¿Qué era lo

que en realidad no les pertenecía, el pasado o la hora actual?

Para Willie, esta June que tenía delante en nada le recordaba a aquella otra de la que él estuvo enamorado de pequeño. Ni tampoco la que encontró tres años antes, en un club nocturno de Broadway, recién casada con Rod Belden. Willie había aparecido con su brigadilla en el club para realizar un servicio bastante comprometido. Uno de los individuos que iban a detener, en el momento de echarle mano pareció poseído de una ráfaga de desesperante pánico, y, disparando ciegamente su pistola, fue a atrincherarse en el reservado en que se hallaba June con su marido. Willie todavía no la había reconocido. Eso tal vez evitó que su pulso temblara en él momento en que unos centímetros de desviación, cuando disparó contra el enloquecido «gangster», hubieran sido mortales para la mujer.

Cuando Willie se acercó al reservado, llevaba preparada una pregunta a modo de disculpa: ¿Les asusté? Y se encontró con los ojos brillantes de June, atenazándole: «Willie nunca me ha dado miedo». Y en el aire quedó algo muy confuso, que en Willie produjo desazón. Saludó rápidamente al marido, y se alejó de ellos.

Al día siguiente, en el Departamento del F. B. I., había una carta para Willie Clewes. Una carta de la que se desprendía un perfume penetrante. Era de June. Le proponía una cita. La reacción de Willie fue solicitar de su jefe la inclusión en un servicio que se iba a realizar en el Estado de California. Y aun le parecía que ponía poca tierra por medio.

—¿Verdad, Willie, que me tomaste miedo? No me refiero a cuando nos encontramos en el club, sino antes, cuando todavía éramos muchachos.

—Sí —contestó él.

—¿Y por qué?

—Tal vez no te guste la respuesta.

—No importa. Dila.

—De muchacho ya sólo te podía imaginar en un marco como el de esta sala, con vestidos y joyas como las que llevas… Por llegar a esto, te consideraba capaz de todo.

—¿Hasta de casarme sin amor?

—Ése era el pecado más leve que te suponía.

Hubo un largo silencio.

—Háblame de tu vida —dijo ella de pronto, sin mirarle—. ¿Sigues en la Policía?

—Sí.

—¿Y serán cosas del servicio las que te habrán hecho venir a El Cairo?

Willie asintió. June le dirigió una penetrante mirada.

—Ya ves —dijo ella, sonriendo en burla de sí misma—. Tan lista que me supones, y hace un momento, a pesar de que yo sabía que no podía ser, me hice la ilusión de que tú estabas sentado frente a mí porque habías venido a buscarme como cuando niños cruzabas todos los días las cinco millas que separaban nuestras casas.

Él no supo qué contestar. Una vez más miró el reloj.

—Sintiéndolo mucho, voy a dejarte.

—¡Ni siquiera podemos pasar juntos la velada!… Si quieres, te esperaré en el bar.

—Tal vez regrese muy tarde. Mañana nos veremos.

—Como quieras, Willie.

Momentos después, él ya de pie, sintió la misma sensación de vértigo que experimentó tres años atrás, cuando abrió la carta.

—Primer piso, tres dos, es el número de mi habitación, Willie.

El fantasma de aquella June que él quiso tanto de chiquillo se interponía. Esta otra, mil veces más atrayente, merecía, otra clase de mirada que la que él dirigíale.

Cruzó apresuradamente la rotonda, luego el *hall*, y ya fuera, montó en un coche de alquiler. Atravesó varias calles sin salir del barrio moderno. En el edificio de comunicaciones mandó detener el coche. Atravesó una amplia sala, se aproximó a una ventanilla y, mostrando unos documentos, preguntó si había algo a ese nombre. Le entregaron un despacho.

Willie escribió unas líneas en un papel y se lo dio al empleado, recomendándole que todo lo que fuera llegando a ese nombre lo mandara a la dirección escrita en el papel. Se separó de la ventanilla y abrió el telegrama. Expedido en París una hora antes. Lo firmaba Jolm.

El texto iba cifrado. Eso no impidió que Willie se diera cuenta en unos instantes del contenido. A medida que iba leyendo, su semblante cambiaba de color. Con el telegrama abierto en las

manos, la mirada, perdida en un punto indeterminado, quedó unos segundos inmóvil, pensativo. Enseguida se guardó el papel y en cuatro zancadas salió a la calle, montó en el coche y partió. Al llegar a una ancha avenida, con fachadas profusamente iluminadas, hizo que el vehículo marchara lo más arrimado posible a la acera, a una velocidad mínima. Inclinado para ver mejor a través de una de las portezuelas, fue observando los letreros de las fachadas. De pronto, mandó parar. Pidió la cuenta, pagó, e instantes después cruzaba el amplio vestíbulo de un elegante club. Apenas asomar en la sala se le acercó el encargado, pero Willie rehusó su ayuda, porque ya había localizado la mesa que le interesaba.

Su compañero Harold Reed y el inspector Pevel, juntos con otros dos policías, miraban en la dirección de Willie.

—¿Hay noticias? —preguntó el francés, así que se acercó el yanqui.

—Sí —murmuró Willie—. Oiga, Pevel: Si no recuerdo mal, en el momento en que nos distribuíamos los hoteles, fue usted el que indicó el mío. ¿Por qué precisamente ése?

—Hombre… —sonrió Pevel—. Es donde se reúne la «élite» del gran mundo, y creo que su prestancia, comparada con la de cualquiera de nosotros, me pongo yo el primero, no ofrece dudas. A estas horas la dirección del hotel ya me habría llamado la atención por la peste de mis cigarros. Pero ¿a qué obedece que me lo hay preguntado? ¿Es que no le sirven buenas comidas?

Willie rehuyó contestar de momento.

—Hay noticias, y bastante interesantes. Se tiene ya un perfil concreto de
«X-2».

—¿Eso es cierto? —exclamó Reed, casi incorporándose por lo inesperado.

—John lo dice.

—¿Puedo saber a qué se refiere
«X-2»?
—preguntó el francés.

—Desde luego, inspector. Al desconocido jefe del *racket* de narcóticos que suponemos tiene su cuartel general en Italia, lo designamos por «X-L». A su segundo, que teníamos noticias de que había transpuesto clandestinamente la frontera franco-italiana, le

aplicamos el
«X-2».

—¿Se sabe ya si es hombre o mujer? —inquirió Reed.

—Sí.

—¿Hombre?

—Mujer. Y como se nos dijo en un principio, muy joven y bella.

Willie hizo intencionadamente una pausa, gozando con la impaciencia de su compañero que, naturalmente, era la más viva.

—¿No será Adina? —preguntó titubeando, cual si temiese ver confirmadas las primeras sospechas.

—No. Adina se halla en París. A
«X-2»
la tenemos más cerca. Está en mi hotel. Esta noche he cenado con ella.

Afortunadamente, Pevel, no tenía en aquellos momentos el puro en la boca. Sin embargo, en el momento en que Willie hacia su revelación, Harold Reed acababa de coger una copa casi llena de cocktail. Quedó derramado sobre la mesa.

Aquel silencio cargado de estupor en que permanecían todos fue roto por Pevel, quien al mismo tiempo que hablaba hacía bailotear humorísticamente sus ojillos.

—¿Ve usted, Clewes? Imagíneme a mí en su lugar…

Pero Willie apenas le oyó. Parecía preocupado.

—No se puede suponer que ha sido la casualidad… —empezó a decir.

—La casualidad… forzada un poco. ¿Por qué no? —atajó el francés.

—Ella sabía que yo tenía que ir a ese hotel. Y eso voy a averiguarlo enseguida.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Reed, viendo que se levantaba.

—Llamar al hotel y preguntar a la dirección cuánto tiempo hace que June Belden…

—¡June Belden! —exclamó Reed. Y se quedó mirando a su amigo casi aterrorizado—. ¡No es posible!

—Es John quien lo dice —repuso Willie, a modo de excusa—. Por mi parte tengo que manifestarle que a ella sí la creo capaz de ser
«X-2».

Desistió de llamar por teléfono. Ya lo averiguaría cuando regresase al hotel.

—Puesto que usted está seguro de que esa mujer tiene alguna relación con lo que nos ha hecho venir aquí —dijo Pevel—, el prospecto era en realidad una invitación a venir a Egipto.

—En una mujer como June, nunca se está seguro de nada —repuso Willie—. El telegrama de John dice claramente que June ha estado viviendo una larga temporada en Italia, con el nombre de Sylvia Durham, y que era la «amiga» de un tal Vicenzo Coppola, individuo que dispone de enormes recursos, y cuyas actividades no todas aparecen claras. Hace tiempo que le teníamos destinados dos compañeros para que lo vigilaran. Uno de ellos fue asesinado ayer, y el otro es el que ha mandado la información a París.

—¿A quién han matado? —preguntó el agente Sarold Reed.

—A Arthur. Desconozco los detalles, pero confío que de aquí a mañana volverá a comunicar con nosotros.

Harold quedó pensativo, con el rostro contraído. Pensaba en Arthur, el compañero pelirrojo, siempre alegre; en Andrew, el desgarbado Andrew que al dejar los Estados Unidos decía que el asunto que les habían encomendado no era más que unas vacaciones camufladas. Los dos habían caído en el mismo día, los dos tejiendo en los ojos el pasmo que les producía la visión de una Europa que todavía no habían llegado a comprender.

—Si considera conveniente que permanezcamos más cerca de usted… —sugirió Pevel.

—No —objetó Willie—. Si June es efectivamente
«X-2»,
la táctica que parece dispuesta a emplear conmigo no necesita más protección que la que yo mismo pueda procurarme. Simularé hasta donde sea posible que ignoro quién es ella… Prefiero que ustedes dediquen toda su atención a la expedición de turistas llegada hoy. Nos hemos de ceñir al prospecto. Cree que el enemigo también hará lo mismo, para que la burla resulte más fuerte.

—Según el programa, el día de mañana está dedicado a recorrer el Museo y los barrios árabes.

—Mézclense ustedes con los turistas —manifestó Willie—. Y que ninguno se haga ilusiones de que el enemigo no lo tiene localizado. Eso debe servir para que ninguno se duerma.

Pevel acababa de encender un cigarro.

—El lápiz rojo señala pasado mañana —dijo con las interrupciones a que le obligaba el cigarro, cuyo conducto parecía obstruido—. En la visita a la Esfinge y las Pirámides… ¿No ha hecho usted ninguna conjetura de lo que allí podrá suceder?

—Demasiadas, y a cuál más absurda. Renuncio a exponerlas, porque a ninguna le doy el valor suficiente para ello. ¿Y usted, Pevel?

—Yo no he pensado nada, porque nada tampoco se me ha ocurrido. Sospecho que nos hallamos a merced de algún maniático; y ante eso, mi actitud es dejarle hacer, hasta coger el aire…

—Convengo en ello, aunque la táctica no deja de, ser peligrosa. ¿Nada tienen que decirme acerca de los turistas?

—Nada, excepto que las dos chicas que a usted le llamaron la atención por lo guapas no son hermanas, ni el viejo que va con ellas es su padre. Y la pareja de recién casados, no son tales recién casados. No sé esta gente qué clase de sentir es la suya: buscar para sus devaneos amorosos un fondo de momias, es algo que no comprendo.

—¿Nadie más?

—De momento, nadie que valga la pena. Todos parecen concordar con la denominación de turistas de primera clase, sin más misión que reír, sacar fotos y gastar dinero.

Ultimaron los detalles para el día siguiente, y la reunión se disolvió. El último en marcharse del club fue Willie. Apenas se preocupaba de tomar precauciones. Las sospechas que tenía acerca de June, le hacían sentirse seguro… por el momento. No preveía hasta cuánto podría prolongarse aquella seguridad. Pero en la hora presente, si June decidía algo en la acción enemiga, el golpe destinado a Willie habría quedado suspendido.

Willie entreveía las corrientes contradictorias que movían el alma de aquella mujer hacia él. Posiblemente hubiese un rescoldo de amor, algo de la confusa atracción que les ligó de pequeños. Pero estaba seguro que lo que predominaba era la incomodidad que le producía su vanidad herida. Difícilmente June podía resignarse a que Willie, durante tantos años sometido a todos sus caprichos, se rebelase cuando más poderosa, se sentía. Éste era el punto que Willie pensaba administrar. Procurar hasta el último momento que

June no se diera cuenta que él se hallaba definitivamente fuera de su área.

Regresó al hotel pasada la media noche. Aplazó para otro momento las averiguaciones que pensaba hacer acerca del instante exacto en que June se instaló en el hotel. Fue directamente al ascensor e indicó, sin vacilar, el tercer piso, que es donde tenía su habitación.

Antes de abrir la puerta de su compartimiento, ya percibió el perfume. Encendió la luz y no vio a nadie.

Sobre una mesita encontró un sobre cerrado, dirigido a su nombre. Lo abrió.

> «Mi pequeño Willie:
>
> »Te he estado esperando en el bar hasta muy tarde.
>
> »No te ocupes tanto de tu servicio. Créeme. No vale la pena.
>
> »Necesito hablar contigo. Te recuerdo el número: “3-2”, primero.
>
> »Te espero.
>
> »Tu pequeña.
>
> JUNE.

El primer impulso de Willie fue romper el papel y tirar los trozos por la ventana. Luego fue tomando una actitud menos irritada. En un cambio tras de otro, llegó hasta la conclusión de que, desdé el punto de vista táctico, debía acudir a la cita. ¿Qué podía temer? Acaso en aquella entrevista quedasen en sus manos todos los resortes del enemigo. Rehuir la cita no era fuerza, ni cumplimiento estricto del deber. Era debilidad, miedo a sí mismo, al influjo que ella seguía ejerciendo sobre él.

Avanzó hasta la puerta que comunicaba con el pasillo. Llegó a apoyar la mano en el picaporte. Y en el instante en que empezaba a darle un impulso de rotación, el hierro chirrió levemente. Pero este pequeño ruido sus oídos lo transformaron, agigantándolo. Y no en chirrido de piezas metálicas, sino en gemido humano, de criatura que tiende los brazos angustiadamente.

Pensó en Adina, pero no era a Adina a quién vio. Recordó sus palabras, pero tampoco fueron ellas la que resonaron en su

memoria. Fue más absurdo, lo más inesperado lo que le inmovilizó. Sobre el cuadro de la puerta concretóse la voluminosa figura de Fedora, el ama de llaves de los Pisciotta. Y fue su chillona manera de hablar la que restalló en la estancia, con fulgor de relámpago.

«… la vi entrar hecha un manojo de campanillas… Me abrazó… ¡Le voy a salvar, Fedora sabía yo que aquello era mentira…!».

Automáticamente, sin saber lo que hacía, Willie pasó el cerrojo, instantes después, ya acostado, al apagar la luz, vio en la obscuridad las tres caras que en el momento de entrar en el cuarto le habían estado obsesionando.

La de Andrew y la de Arthur, a los lados. La de Adina en el centro. Y veía a los tres sonriendo.

—Ninguno tenía el rostro verde.

VI

EN EL DIQUE DE ASSUAN

Como June no apareciese en el comedor, ni durante toda la mañana la hubiese visto, así que Willie se levantó de la mesa fue a la dirección. Apenas mencionó su nombre, el empleado manifestó:

—La señorita Balden salió esta mañana para Assuan.

—¿Nada dejó a nomine mío?

—Sí, señor —sonrió el empleado—. Esta carta.

—¿Cómo no me la han entregado antes?

El otro pareció azorado:

—La señorita me ordenó que se la entregara únicamente en el caso de que usted preguntara por ella.

Willie abrió el sobre ya en la calle:

> «Ésta es mi tercera, cita, Willie. También es la última.
>
> »Salgo para Assuan.
>
> »Cuando una mujer como yo ruega tres veces, debe uno pensar que quizá no todo sea simple juego.
>
> »Yo de ti lo pensaría».
>
> JUNE.

Willie fue a ver a sus compañeros. En un aparte con Pevel le puso en antecedentes acerca de la relación que él y June habían tenido desde niños. Cuando terminó, encontróse con que el francés parecía más preocupado de lo que él esperaba.

—¡Coja inmediatamente el tren y vaya a Assuan, Willie! ¿Cómo no se ha dado usted cuenta?… ¡En ella está la clave de todo!

—Anoche… —Intentó decir el yanqui.

—Anoche cometió usted la tontería más grande de su vida. Perdió usted los besos de una mujer hermosa… y tal vez la posibilidad de conocer lo que se está preparando contra nosotros.

—Es lo que estaba deseando oír —repuso vivamente Willie—. Procuraré mandarles noticias antes de la visita de mañana a las Pirámides.

—Que le acompañe un agente, en departamento distinto.

—No. Prefiero ir solo. Ya que nos conocen a todos, prefiero jugar limpio.

—Entonces, mucha suerte, Clewes… por bien de todos.

Llegó a Assuan de madrugada. Fue al hotel perteneciente a la misma empresa del que se alojaba en El Cairo. Al ir a inscribir su nombre en el libro de registro, miró si estaba el de June. Lo vio enseguida.

Entonces pidió al empleado sobre y papel y escribió unas líneas.

—Tan pronto la señorita Belden se levante, hagan el favor de entregarle esta carta.

Corría el riesgo de que June no diera señales de vida hasta muy tarde, y en ese caso perdería un tiempo precioso. Pero Willie no pensaba acostarse. Tan pronto se hiciese de día, dejaría pasar un tiempo prudencial y si June no aparecía iría a buscarla. Allá, en El Cairo, la expedición de turistas para visitar las Pirámides se efectuaría por la tarde.

Willie vio amanecer sentado al balcón, fumando un cigarrillo tras de otro. Tan absorbido se hallaba en sus ideas, que casi no percibió el soberbio juego de luces del sol egipcio al pasar su naciente furia sobre el lago de Filaé.

De pronto, Willie se puso en pie. Diríase que con la misma prontitud que en el exterior estallaba la luz, —inundándolo todo, como una, hoguera incontenible que fuese a convertir la casas y los seres en arena—, la idea que durante un largo rato había estado pugnado por romper un estado confuso en el pensamiento de Willie rasgaba al fin las nieblas y avanzaba arrollándolo todo a su paso.

—¡Pobre de mí! ¿Cómo no lo he visto antes?

Retrocedió unos pasos y, de pie ante el balcón, dejó que la mirada se perdiera en la lejanía, en hipotética dirección de El Cairo.

—Me aparta de mis compañeros en un último intento de mantenerme al margen. Ella sabe lo que va a suceder… Y yo

empiezo a entreverlo.

En un momento se desvistió. Se dio una ducha. Guando se estaba peinando, llamaron a la puerta. Entró un empleado y le entregó un papel doblado. Era la misma, carta que él había escrito. Debajo había unas líneas de June.

«Voy a una excursión». Si estás dispuesto a acompañarme, date prisa.

—¿Dónde está la señorita?

—En el «*hall*».

—Dígale que bajo enseguida.

Amarraron la canoa junto al arranque del dique, y momentos después marchaban por el ancho lomo de la muralla, de dos kilómetros de, largo, con sus ciento ochenta puertas de hierro que regulaban el colosal embalse.

June iba unos pasos delante. Llevaba un tenue corpiño de seda y pantalón masculino. Unas anchas gafas ahumadas ponían en su rostro una parodia de antifaz. La correa, que sujetaba el estuche de la máquina fotográfica, le cruzaba al torso.

Se paró de pronto, empinándose sobre el parapeto.

—¡Mira!

Una de las compuertas abiertas formaba abajo un revoltijo de espuma, con estruendo de agua que se despeña.

Continuaron la marcha. La inmensa lámina del lago, bruñida por el sol, parecía incendiada. Willie aprovechó el momento en que June se detuvo otra vez ante una compuerta abierta. El sitio no podía ser más solitario y el ruido del agua le gustaba.

—No sigamos, June.

Ella pareció extrañada:

—¿Por qué?

—Porque deseo hablarte… y tú lo sabes. Desde que salimos del hotel, no has hecho más que llevarme de un sitio a otro, todo deprisa procurando que hubiese alguien delante. Es ahora la primera vez que nos encontramos solos… Y diríase que eres tú ahora quien me tiene miedo.

Ella se quitó lentamente las galas. Una larga arruga atravesó su frente. Con los ojos entornados, heridos de sol, se quedó mirando a Willie.

—No entiendo… ¿De qué quieres hablarme?

Él, por toda respuesta se metió la mano en un bolsillo y sacó la carta que ella le dejó en el hotel de El Cairo.

—¿Y qué?

—Me ciño a lo que dices en ella. Una mujer como tú difícilmente ruega tres veces. Hay que pensar que cuando lo hace no es por simple juego. Me aconsejabas que lo pensara, y lo he hecho. Por eso mismo he venido. Dime claramente que pretendes de mí.

Los ojos de ella volvieron a hacer su característico entorno, pero ahora no por la molestia del sol. Sus pupilas tenían un brillo distinto, y un enfoque estudiado. Sus labios, húmedos, trazaron una sonrisa.

—¡Pareces tonto, Willie!

—No, June —repuso él, serenamente—. A una mujer como tú no le puede pasar desapercibido cuándo un hombre ha renunciado definitivamente a ella. Hace tres años pudiste darte cuenta lo que tú y yo no podíamos ser nada ya, tal vez ni siquiera simples amigos.

—¡Yo nunca he dejado de quererte, Willie!

—Lo demostraste —comentó él, glacial.

Ella pareció quedar reconcentrada. Sujetando las gafas con una mano, comenzó a golpear con ellas el dorso de la otra.

—Cuando huí del pueblo, no huía de ti —empezó a decir, con voz extraña—. Huía de la asfixia que sentía en mi casa; de la monotonía que siempre encontraba en torno… Pero tú debiste seguirme. Fuera de aquel encajonamiento, tú y yo hubiéramos permanecido siempre juntos. Nada me hubiera asustado.

—Ya lo sé. Y no siguiéndote yo, tampoco te asustó nada… Sylvia Durham.

Si aquella acusación era cierta, June debía estar esperando el golpe, porque apenas cambió de expresión.

—No te entiendo…

—Da lo mismo. Tal vez cuando te veas frente a Vicenzo Coppola Lo comprendas. Ha sido detenido en París, recién llegado de Italia. Allá mató a uno de mis compañeros… Y Adina Angeli también ha declarado. ¿Sabes que vive… y que su rostro vuelve a ser el que era?

June dejó de golpearse con las gafas el dorso de la mano. Las abrió e intentó ponérselas, pero él la detuvo.

—Ahora es cuando necesito tus ojos desnudos.

Ella le dirigió una mirada lenta. Hizo un mohín de disgusto y exclamó:

—¡Eres absurdo, Willie! Pero tus manías no conseguirán estropearme la excursión. Regresa al hotel, si quieres. Yo continúo mi paseo.

Dejó las gafas sobre el parapeto. Luego se quedó mirando la dirección del sol y los efectos que hacía sobre el paisaje. Parecía haberse olvidado de Willie. En tanto se alejaba, se puso a desabrochar la hebilla del estuche donde guardaba la máquina fotográfica. Seguramente no podía, y se paró. Por fin sacó la máquina y templó el objetivo. Miró a un lado y otro, buscando efectos en el paisaje. Abajo, en la compuerta abierta, seguía el gruñido del agua.

June se disponía a dar media vuelta para quedar de cara a dónde estaba Willie, cuando éste gritó:

—¡June! ¡No te muevas o disparo!

Tal vez ella no lo creyó, o lo inesperado de la orden le impidió entenderla. Siguió el impulso de volverse, y cuando ya se hallaba de perfil a Willie, del arma que empuñaba éste salió un disparo.

La máquina cayó al suelo y las manos de June se encendieron de sangre. La mujer lanzó un gemido, y con los ojos desorbitados se quedó mirando al hombre:

—¡Willie!... ¿Tú?

Pero éste parecía enloquecido. Lanzóse corriendo a dónde estaba June. Diríase que iba a atenderla. Pero lo que hizo fue agacharse a coger la máquina y retroceder de nuevo.

—¡Y ahora, tal como estás, una foto, June! ¡Mírame!

Los ojos de Willie fulguraban de manera aterradora. Pero no menos enloquecidos parecieron los de June.

—¡Willie, no! ¡Por lo que más quieras, no!

Y levantando las manos sangrientas, se cubrió el rostro y se dejó caer, ovillándose. Así permaneció unos instantes, sin cesar de gemir, rogando a Willie…

—Está bien… Descubre el rostro… El peligro ya ha pasado.



Está bien... Descubre el rostro... El peligro ha pasado.

Era Willie quién decía esto. A pesar de los esfuerzos que hacía por parecer sereno, su voz todavía acusaba la fuerte conmoción sufrida.

Cuando June descubrió por fin, el rostro, el dolor y el pánico estaban fijados en él, formado una expresión impresionante. Sus

ojos buscaron ansiosamente, primero en las manos de Willie, luego en torno. Lo que buscaba lo halló a corta distancia, sobre el parapeto: la máquina, todavía abierta, aunque el objetivo miraba a otra dirección distinta de la que se encontraban ellos.

—¡Willie! ¡Ciérrala! —pidió June, estremeciéndose.

—Pero ¿qué peligro puede haber ahora? —inquirió él, con fingida ingenuidad.

—¡El sol… la hará estallar! —explicó ella, casi sin voz.

Willie corrió a cerrar la máquina. Lo hizo con cierta inquietud. Todavía desconocía, sus resortes, y el menor error podía provocar el disparo de las fatídicas radiaciones.

Cuando terminó y volvió al lado de la mujer, halló a esta apoyada contra el parapeto, intensamente pálida, a punto de desvanecerse. Sus delicadas manos, enjoyadas de sangre, permanecían juntas, medio cerradas y adormecidas. Parecían querer contener la fuga de un valioso tesoro, o estar ofreciendo un milenario sacrificio al inexorable sol egipcio.

Willie se había quitado la camisa y había empozado a rasgarla a, tiras. Cogió las muñecas de June, obligándola a que separara las manos. De la boca de la joven se escapó un doloroso gemido.

La herida más importante la tenía en la mano derecha: la bala habíala atravesado por el centro. En la otra mano sólo tenía un mordisco. La parte alta de la máquina, también había sido alcanzada, abollándola. En lo primero que se fijó Willie al recoger la máquina era si la había perforado. Aparte el peligro que hubiese podido correr, se le hubiera escapado el medio de que las misteriosas radiaciones pudiesen ser estudiadas, y tal vez contrarrestadas.

—June… ¿Y hubieras sido capaz?… —murmuró Willie, en tanto procedía a vendarle las manos.

—¡Sí! —exclamó ella, con inesperada energía—. Sé que te he perdido totalmente.

Tras una pausa, él preguntó:

—¿Fuiste tú quien provocó lo de Adina?

Ella se estremeció. No era sólo miedo. El relumbre de sus ojos declaraba abiertamente que allí había algo más. Odio seco. Odio fulminante, que iba ciego a la destrucción.

Willie quiso aprovechar el momento. El estado de ánimo de ella

era el oportuno para confesar sin resistencia. Agitada por contradictorias corrientes, tan pronto pasaba de la actitud más entera, más cerrada, a la súplica más débil.

Hábilmente, sin casi ningún esfuerzo, Willie fue llevándola a las respuestas que deseaba. Confesó haberse equivocado cuando se casó con Rod Briden. No había tal millonario. Un extraño «accidente» acabó con su vida, y entonces June se encontró con que todo el esplendor y fuerza de que parecía rodeado su marido no era más que un fleco de alguien situado en otro continente. En Italia. Ese alguien era Vicenzo Coppola.

June fue a buscarle, en disposición agresiva. Ya sobre el terreno, comprendió que le era más conveniente cambiar de táctica, y se convirtió en su «amiga». No le fue difícil. La debilidad de Vicenzo era convertir en amantes suyas las mujeres que le odiaban, si éstas eran hermosas. Pero el temperamento de June no era el más adecuado para resignarse a ser una más en la serie. Y aspiró a ser la única. Ya lo había conseguido, cuando surgió Adina. Irrumpió del anonimato violentamente, abriendo la puerta de golpe. En reservado de un elegante club nocturno, en Roma, se hallaban June, Vicenzo y uno da sus poderosos rivales. Aquella reunión la había provocado June. Era el momento en que iba a anotarse uno de sus mayores triunfos. Obra de ella iba a ser que las diferencias que separaban a los dos hombres quedasen zanjadas por medios diplomáticos, en los que la habilidad y belleza de June intervenían en su parte más esencial. De pronto se abrió la puerta. Una joven, una chiquilla casi, modestamente vestida, sin más joyas que el relumbre de unos ojos inmensos; sin que su cuerpo desplegara más ardides de seducción que los de su juventud estremecida de ira, avanzó la mano que empuñaba una pistola, y disparó.

—¡Vicenzo!… —¡Maldito seas!

En el instante en que ella disparaba, unas manos de hombre intentaron desarmarla, pero ya no era tiempo. Cuando la muchacha vio caer al hombre, soltó el arma y desapareció.

La aparición de Adina aquella noche había dado motivo a que sucediese lo peor que a June podía ocurrirle. No fue Vicenzo quien cayó muerto. Y nadie iba ya a creer que la muerte del rival no había sido una encerrona preparada por Vicenzo y su amante. June se dio cuenta enseguida del peligro. Pero aun vio algo más, que la

afectaba más profundamente: era aquel brillo que acababa de encenderse en los ojos de Vicenzo, y aquellas palabras apenas balbucidas: «¿Quién es esa chica?».

A partir de ese momento, la obsesión de June fue borrar el rastro de Adina; la de Vicenzo, bailarla. Fue una competencia sorda, en la que los dos parecían ignorarse. La victoria fue de June. Consiguió que alguien que ella había mandado captase la confianza de Adina, y la aconsejase escapar… June tenía todas las piezas bien colocadas. Sabía que un grupo de agentes del
F. B. I.,
desde hacía algún tiempo, andaba husmeando, en pleno despiste, por localizar el *racket* de drogas, una de las principales bases del poderío de Vicenzo. June mismo se encargó de mandar informes en los que la verdad y la mentira se confundían. Y a Adina le achacó su propio papel, la de la amiga y brazo derecho del rakelesr.

Las piezas estaban bien colocadas, Adina no podría escapar, ni Vicenzo comprobar que aquello había sido obra de June. Aparte los agentes que había aguardado en la frontera, estaban los que obraban por cuenta de June.

—¡Y habías de ser tú, Willie, quien le saliera al paso! —sonrió ella con sarcasmo.

Pero lo que a Willie más le interesaba en aquel momento eran las misteriosas radiaciones, y lo que perseguían. Y precisamente en eso fue dónde encontró la resistencia más cerrada.

—¡Yo nada sé, Willie! ¡Soy un instrumento… lo mismo que los demás! ¡Quien manda es él!

—¿Quién? ¿Vicenzo?

—No. A Vicenzo también le toca obedecer. Todos obedecemos cuando él manda… Y ninguno le conoce.

—¿Vicenzo tampoco?

—Creo que sí… Pero nunca ha querido decírmelo. Le teme.

—¡Mientes, June! ¡Ese individuo estaba en París junto con los que atacaron a Adina!

—Sí. Pero nadie le ha visto la cara. Si alguien ha pensado en hacerlo, él le ha salido al paso. Parece que adivina los pensamientos. Y no mala. Él no quiere muerte.

Willie pensó en Andrew, y sonrió amargamente.

—Desde luego. ¿Y hoy, en las Pirámides, tampoco pretenderá

matar?

—No. La muerte total, no.

Hacía unos momentos que se habían puesto a andar, en dirección al comienzo del dique, donde tenían la canoa. Willie llevaba cogida la máquina, con una mano, y con la otra ayudaba a andar a June.

Ella se detuvo de pronto, estremecida por una oleada de terror.

—Sólo le interesa la muerte… en los rostros. ¡Es horrible!

Willie pensaba rehuir la ayuda oficial hasta el último momento. Pero si la conferencia que tenía pedida con El Cairo seguía demorándose, no tendría más remedio que recurrir a la Jefatura de Policía de Assuan.

Dos veces había descendido a la planta baja del hotel: Una para dar prisas a la Dirección; otra, para meterse en el mismo departamento de la telefonista.

—Debe haber avería. Luxor tampoco contesta.

Willie hizo un gesto de impaciencia. Miró el reloj. Desde luego, tenía tiempo de sobra para enlazar con Reed o el inspector Pevel. Pero sus nervios le habían engañado muy pocas veces con sus alarmas, y, todavía sin tener una idea clara ríe lo que pudiera pasar, deseaba cuanto antes informar a sus compañeros de cuánto había sucedido, y de lo que podía temer aquella tarde. Prevenirse ante todo de las máquinas fotográficas.

Willie se dirigió precipitadamente al ascensor para subir a la habitación de June. Aún estaban practicándole la cura. Tan pronto terminasen, si la comunicación telegráfica no era conseguida, Willie solicitaría ayuda del puesto de radio de la Policía, y luego, él y June regresarían en el primer tren a El Cairo.

Avanzaba por el largo corredor al final del cual se hallaba la habitación de June, cuando de pronto se oyó un grito desesperado, proveniente del compartimiento de ella. Echó a correr hacia allí, pero en el momento en que se disponía a empujar la puerta, se oyó una voz recia, hablando en italiano y francés:

—Pero ¿de cuándo te ibas tú a burlar de mí?… ¡Sé lo que has hecho con la chica! ¡Y aun no conforme, me echas los sabuesos encima!… Pero ¿quién te hizo creer que yo vacilaría en ir a buscarte, aunque fuera al fin del mundo?… ¡Mira lo que hago con perras como tú!…

—¡No!… ¡¡No!!… —Fue el alarido de June.

Willie comenzó a dar embestidas contra la puerta, cerrada por dentro. En uno de tantos empujones, antes de que sus hombros Pegaran a tocar la madera, la puerta se abrió al tiempo que oyó gritar a June:

—¡Cuidado, Willie!

Desde detrás de la puerta surgieron dos disparos, que le alcanzaron en el momento en que Willie, llevado por su impulso, había saltado en medio de la habitación. Casi en el mismo instante en que las balas le perforaban, su cuerpo había hecho un movimiento de rotación, con la culata de la «Luger» apoyada en la cintura y el brazo izquierdo extendido para parar el golpe al caer, Willie se convirtió en un erizó de balas. Todavía, casi extendido en el suelo, su dedo, seguía presionando en el gatillo, cubriendo con un fuego desesperado una zona muchísimo más ancha de la que pudiera ocupar un individuo que no cesara de doblarse a un lado y otro.

El que había disparado desde detrás de la puerta, hubo un momento en que quedó inmóvil, como clavado en la pared. Dos hilos de sangre comenzaron a desprenderse de las comisuras de la boca. Los ojos parecieron que fueran a desprenderse de las órbitas; luego quedaron quietos, velándose su hiriente brillo, como si su húmedo cristal hubiese recibido una descarga de polvo. Las rodillas empezaron a ceder y la espalda fue deslizándose recta, pared abajo, hasta quedar casi sentado. Unos segundos permaneció así. Luego inclinóse a un lado, quedando en una posición absurda. Ya no se movió más.

Unos pasos más allá yacía Willie. Aún permanecía la cabeza, un poco levantada. Sus ojos, turbios, buscaban en torno.

—¡June!…

Su voz casi no sonaba. La joven, extendidas las dos manos vendadas, en una actitud fantasmal, avanzó desde el fondo de la habitación. Afuera comenzaban a oírse puertas y pasos precipitados.

—¡Acabó todo… Willie!

La voz de June era ronca, sin ningún matiz humano. Willie dirigió los ojos hacia el muerto, sin verlo.

—¿Quién?… —balbució.

—¡Vicenzo!

Willie se sentía precipitado en un abismo. Su cabeza chocó contra el suelo.

—¡La máquina! —exclamó, en un sorprendente grito.

June pareció azotada. Su actitud de estatua quedó rota por un estremecimiento furioso.

—¡La ha disparado sobre mí!… ¡¡Mi rostro!!

Pero aquel alarido de loca, Willie ya no pudo percibirlo.

VII

LA MARIONETA

Casi al mismo tiempo que la Policía de Assuan establecía contacto con la del Centro, Pevel se decidía a solicitar ayuda de las autoridades egipcias. Pero ya era demasiado tarde.

Por la mañana, el grupo de turistas había saldo en autocar para visitar Memphis y Sakkara. A mediodía hicieron alto en el hotel emplazado los pies de las Pirámides. Más tarde, a lomos le camello o de borrico, cubrían la última etapa.

En torno a la Esfinge y las Pirámides les aguardaba una multitud de fotógrafos, vendedores de amuletos y solícitos y pegajosos fellaha a la caza de la propina. Sobre las gibas de los mansos camellos; a horcajadas de los diminutos borriquillos; buscando el fondo de las tres Pirámides, o situándose entre las inmensas garras de la Esfinge, gente de maneras cuidadas y risa perenne; seres que se expresaban en los más diversos idiomas y miraban el mundo con mirada ancha, seguros de sí mismos, comenzaron a pisar ante las máquinas. Un recuerdo más que les ofrecía el divertido paseo en torno al planeta. Les había cabido en suerte vivir en la hora regida por el confort. Sin ningún esfuerzo físico podían trasladarse a los puntos más distantes e inaccesibles. Ahora mismo, ni siquiera iban a tener la molestia de coger la pluma y escribir a los amigos: «Hemos estado en Egipto…». Como tampoco tuvieron necesidad de hacerlo cuando estuvieron en la muralla china, o en el Empire Pudding, de Nueva York. La más somera descripción por su parte, sobraba. La máquina fotográfica les evitaba tener que enfrentar su pequeñez humana con las eternas piedras. El tiempo en meditar sobre ellas podía ser empleado siguiendo el ritmo de un mambo, entre sorbos de cocktel bajo brillos de luces y joyas en la sala de cualquier club.

Cuando la caravana reanudó la marcha de regreso, nadie mostró síntomas de anormalidad. Al llegar a la plaza donde se hallaban enclavados los hoteles, los turistas se apearon de sus rústicos transportes y pasaron a los modernos
auto-cars.
Los agentes de policía hicieron lo mismo. En muchos de ellos se apreciaba una sonrisa de desencanto. Nada de lo temido había sucedido. Las recomendaciones de última hora del inspector Pevel, ahora resultaban ridículas. «¡Si hay que disparar, procurad ser los primeros!». En el último instante, no pudiendo soportar más la falta de noticias de Willie, había ido a ponerse en contacto con la Policía local.

Los potentes vehículos seguían su marcha de regreso a la ciudad. Avanzaban por la ancha pista, entre declives arenosos cuyas reverberaciones eran cada vez más molestas. El calor aumentaba por momentos.

Los viajeros removíanse en sus asientos, las conversaciones languidecían. Unos se asomaban a las ventanillas buscando el consuelo del viento, pero la quemadura del sol les hacía retroceder enseguida; otros corrían las cortinillas… Todo era en vano. Cada segundo que pasaba era un paso más hacia la boca de un terrible horno.

Pero como si sus cuerpos se hallasen revestidos de una escafandra refrigeradora, sólo en el rostro percibían la horrible temperatura; o como si sus cabezas se hallasen asomadas a una caldera en ebullición. De pronto sonó un grito. Luego otro. Y otro… En unos instantes los lujosos vehículos parecieron convertirse en cargamentos de malditos que por un camino de arena fuesen llevados a su infierno.

Los conductores y ayudantes, los únicos a quienes no parecía afectar la molesta temperatura, volvieron la cabeza a ver qué ocurría. Y el grito que brotó de sus gargantas fue tal vez más potente, más desgarrado que el de los pasajeros. Y casi sin haber terminado de detener el coche, lanzáronse afuera, escapando por ambos lados de la pista en una carrera que nunca era lo suficiente rápida, como si más que andar sobre la arena lo hicieran a través de una pesadilla.

Y los seres que momentos antes poseían una risa feliz y mirada

segura, fueron también surgiendo de los coches, sin cesar en sus alaridos. Todos tenían la cara chorreando, como si llevasen una máscara de cera verde que se estuviera disolviendo al sol, y sus facciones, ya aplastadas, casi borradas, parecían un trasunto de aquel colosal monstruo que habían dejado unos kilómetros más allá, la misteriosa e inquietante Esfinge, que con sus cuencas de roca enfocaba la eternidad…

Unos días después, en la misma fecha apuntada en rojo en el prospecto, en los monumentos de Atenas ocurría otro desastre.

Lo sucedido en Egipto había asomado a la prensa internacional, con titulares de alarma. Se explanaron las opiniones más diversas, pero, poco a poco, el criterio predominante era que se trataba de una epidemia desconocida, latente durante siglos en las tumbas egipcias.

Naturalmente, los que estaban en el secreto del asunto se guardaron muy bien de manifestarlo. Mientras brigadas de científicos investigaban sobre los rostros muertos, redes policíacas eran tendidas en todas direcciones.

El inspector Pevel no confiaba mucho que la amenazadora cita en Atenas se realizase en la fecha fijada. Por sigilosas que hubiesen sido las precauciones tomadas por la Policía, el enemigo debía estar enterado; y por perturbada que estuviese la mente que dirigía aquello, difícilmente quería meterse en el cepo.

Vísperas de la fecha señalada, alegando motivos estratégicos, el Gobierno griego decretó una orden prohibiendo en Atenas el uso de máquinas fotográficas, mientras reservadas circunstancias no aconsejasen otra cosa.

Nadie aquella mañana en la Acrópolis desobedeció la orden. La mayor parte de los turistas eran policías. El inspector Pevel, y el norteamericano Brewster, uno de los más sagaces agentes del
F. B. I.,
permanecían juntos, con atuendo de millonario y gesto hastiado. No obstante su apatía, sus pupilas inquietas no perdieron detalle. Pevel echó mano tres veces al bolsillo donde guardaba los cigarros. Brewster rompía con los dedos el puñado de mondadientes que guardaba en un bolsillo del pantalón… Nada anormal observaron. Pasaban de un momento a otro. Con la misma cara de pasmo de los demás, contemplaban las columnas, los frisos… Y de pronto, el

irresistible calor en los rostros. Y momentos después, la manifestación clara, horrorosa, del misterioso ataque.

Todos los que estuvieron en la Acrópolis fueron alcanzados, porque la contaminación estaba en todas sus piedras. Y sin embargo, ninguno de los indicadores de radioactividad previamente instalados, denunció el más leve síntoma.

Los extraños atentados siguieron produciéndose en los puntos más diversos. La verdad de lo que sucedía no tuvo más remedio que trascender a la calle. Y una oleada de pánico se apoderó de la masa. ¡Era la guerra! ¡La temida bacteria Warfare (guerra de los microbios) había estallado!

Pero ¿provocada por quién? Los atentados se producían en los puntos más diversos, y siempre buscando objetivos anodinos. El ataque nunca parecía encaminado a producir extorsión en la actividad de ningún país. Y si hoy era un grupo de norteamericanos los que sufrían la agresión en cualquier pagoda de Oriente, mañana era un grupo de diplomáticos soviéticos los que, aprovechando una pausa en su tarea, hacían una escapada para visitar alguna curiosidad del país extranjero en que se hallaban los que eran atacados.

Acercábanse a los micrófonos voces oficiales recomendando calma; un gran sector de la prensa utilizaba toda clase de argumentos para infundir serenidad. Todo inútil. El pánico colectivo llevaba ya un ritmo imposible de detener. Un rumor surgido en este punto del planeta era al poco rato conocido por los antípodas, pero ya con carácter de verdad. Los temores más absurdos empezaron a hacer replegar a la gente, a que huyese del exterior. La simple opinión de un limpiabotas en un suburbio de New York bastó para que cerca de dieciocho mil espectadores renunciasen a presenciar un apasionante partido de *hockey* sobre hielo, en el Madison Square Garden. Lo que el limpiabotas había dicho simplemente era que la luz de los reflectores del Garden eran una buena oportunidad para el misterioso enemigo. Eso fue suficiente.

Mientras tanto, pacientemente, calladamente, un grupo de científicos permanecía en sus laboratorios investigando la fatídica carga hallada en la máquina fotográfica recogida en la habitación de un hotel de Assuan, a muy pocos pasos de donde fue encontrado el agente del F.B.I., Willie Clewes, en estado agónico.

Y un día, en los laboratorios de radioquímica levantaron la cabeza levemente unos hombres pálidos de sueño. En sus ojos gastados por el estudio, apenas si se veía un breve brillo distinto al corriente. Todos los ojos se concentraron sobre una cara más pálida que las demás, de conformación distinta a las otras y un corte de ojos distinto. Tras los gruesos cristales de sus lentes, las apagadas pupilas del doctor Tokugawa parecieron animarse al oír las aprobaciones de sus colegas:

—¡Hemos llegado! —había exclamado el norteamericano Rowe.

—El camino era el que usted ha seguido —confesó sinceramente Bruckner—. Todos los demás estábamos equivocados.

—No —rechazó el japonés, un hombrecito delgado, de ademanes cansados—. El camino que seguían ustedes llevaba, al mismo sitio, sólo que un poco más despacio.

—Motivo suficiente para que la humanidad no olvide su nombre —dijo Chevkel, el físico turco—. Los minutos son preciosos. El pánico está a punió de romper las esclusas.

A partir de entonces, las misteriosas contaminaciones comenzaron a decrecer. Contadores con sensibilidad suficiente para detectar la misteriosa substancia, husmearon extensas áreas, indicando el punto exacto del peligro. Al mismo tiempo, otras ondas electromagnéticas neutralizaban, primero, y luego destruían las radiaciones tóxicas.

Por otro lado la policía comenzó las detenciones. Donde hubiese la más mínima carga, los detectores llevaban al sitio, comenzando a ser localizados dentro del agua, bajo tierra, máquinas fotográficas, lámparas, balas de revólver, tirada o escondidas por sus poseedores.

Sin embargo, el hecho de que mucha gente fuese detenida no implicaba que el punto de partida hubiese quedado aclarado. Todo era gente influenciada por las drogas, sin más voluntad que la del veneno.

Cuando Willie salió por fin del largo periodo de inconsciencia a que le tuvieron sometido sus graves heridas, se encontró con que habiendo eliminado a Vicenzo Coppola no había hecho más que desmontar uno de tantos armatostes como estaban actuando en el bajo mundo. La detención de gran parte de su gente y la incautación de algunas de sus empresas, no significaba que se llegaba a lo esencial de la cuestión. Si el motivo primitivo fue el

descuartizar el *racket* de drogas en Italia, pese al éxito obtenido, éste quedaba empalidecido porque, a última hora, otro objetivo más apremiante había pasado a primer término.

Las declaraciones de June, con ser sinceras, tampoco pudieron rasgar la incógnita. El cerebro promotor seguía en la sombra.

Era indudable que June no ocultaba nada. Era un temperamento capaz de dirigirse tranquilamente a la silla eléctrica, con tal de saberse hermosa. Pero Coppola, en el último momento había sabido elegir su venganza. Fácilmente hubiera podido eliminarla. Mas disponía de aquel diabólico resorte que sólo producía muerte en los rostros y que parecía concebido para seres como June. En nada podía ya ella sentirse ligada a Vicenzo, y en su desesperación sólo cabía el consuelo de poder destruir todo cuanto él había dejado.

Willie, todavía convaleciente, volvió al servicio activo. Las últimas semanas las había pasado en París, en la misma clínica en que se hallaban hospitalizados varios compañeros, entre los que se encontraban el policía francés Pevel y el norteamericano Harold Reed. Paulatinamente, los rostros de los policías iban recobrando vida.

—Aun voy a salir ganando —bromeaba Pevel—. Me van a dejar más joven. Willie, cuando den de alta a aquella jovencita italiana, transmítele mi encargo de que se pase por aquí. Me gustaría verla… Lo mismo que June, si sale primero que nosotros.

A esta propuesta, y a otras parecidas que el inspector francés solía hacerle, Willie contestaba con vaguedades. En realidad lo que Pevel quería saber era el estado de las relaciones de Clewes y la joven italiana.

Hacía unos días que Willie había dejado la clínica para reincorporarse al servicio. Una noche apareció en la clínica, a hora bastante avanzada, y pidió hablar con Pevel, Reed y Brewster, el inspector del
F. B. I.,
que acompañó a Pevel en la Acrópolis. Dos de ellos ya se hallaban durmiendo.

—Dichosos ellos que pueden dormir —bromeó Clewes—. Hay que despertarles.

—Pero… —Intentó resistirse la enfermera.

—¿No comprende que es necesario? —atajó el yanqui.

Y sin querer detenerse más, encaminó los pasos hacia la sala donde se hallaban sus compañeros. Hizo levantar a los tres y luego se encerraron en un aislado gabinete que había a la entrada de la clínica. Pevel, además de ir vestido, se había envuelto con la colcha.

—Cualquiera diría que me están dando sangre de africano. No puedo quitarme el frío.

Se sentaron en torno a una mesita. Además de la potente luz del techo, enchufaron un flexo, cuya luz Willie hizo que se volcara sobre unos papeles que, sacados de sus bolsillos, había dejado sobre la mesa.

—Mañana va a ser el día de la prueba —anunció Clewes—. Con motivo de que la joven italiana será dada de alta en la clínica, los Pisciotta han organizado una fiesta. Ésta es la lista de los invitados. Muy pocos, como verán, y algunos nombres tal vez les suenen…

Pevel, después que hubo mirado la lista, dijo:

—Eso, más que una fiesta parece un congreso internacional de físicos.

—Eso es en realidad —manifestó Willie—. Ahí tienen los informes llegados de Washington y de Londres. Mentalidades que desarrollen una capacidad como la del «maniático» que nos ocupa, son bien escasas para que sus mismos colegas no la puedan localizar. Por eliminación, se ha llegado a este reducido número. Es casi seguro de que él está entre los comprendidos en esa lista.

—¿Bruckner conoce esta lista? —preguntó el francés.

—Es él quien en realidad lleva este asunto. Casi todos los aquí inscritos son amigos suyos y se hallan en París. A cada uno le ha enviado una carta, invitándole para la reunión de mañana, en la mansión de los Pisciotta. Todas esas cartas han pasado por mis manos, y en todas, bajo la fecha y el lugar de la reunión, he puesto puntos rojos.

El ademán de asombro que provocó en Pevel, hizo que se le cayera al suelo la cobertura de la cama con que se hallaba envuelto:

—¡Pero, Clewes! ¿Por qué hace eso? ¡Espantará la caza!

Willie sonrió:

—No creo. Voy poniéndome a tono con el espíritu del «maniático». Sé que gusta de la broma… Si nosotros acudimos a su cita, no hay motivo para que él no haga lo mismo con la nuestra.

La puerta se abrió de golpe y dos desconocidos irrumpieron

pistola en mano.

—¡Todos de espaldas y manos arriba! —conminó uno, con voz sorda.

En el pasillo se oyó otra voz:

—¡Apagad la luz del techo!

Era una voz absurda, demasiado grotesca para ser humana. Uno de los recién llegados se precipitó a cumplir la orden. Los policías se hallaban de pie, los brazos en alto, Willie estaba pensando en lanzarse contra la mesa y aprovechar esta de proyectil, pero al mismo tiempo en el pasillo la voz de monigote advirtió:

—Señor Glewes: Usted que es el más impaciente, compórtese. Sólo he venido a darle las gracias por la invitación que el profesor Bruckner me ha enviado… que considero cosa totalmente de usted. Muy agradecido. Mañana me tendrán en la reunión. Eso es todo.

Se oyeron apenas unos pasos alejándose por el pasillo. Momentos después, uno de los individuos armados lanzaba otra advertencia como despedida:

—Sigan quietos. Será mejor para todos.

Se oyó la puerta al ser cerrada de golpe, y enseguida la cerradura.

Cuando Willie consiguió salir al pasillo, los individuos ya habían desaparecido. Halló al portero amarrado en su silla del vestíbulo, y cerradas con llave las puertas que comunicaban con las otras salas.

Cuando June fue trasladada a París vio que el destino le gastaba la broma de cruzarla otra vez con Adina. Fue hospitalizada en la misma clínica que ella. Y después de varias etapas, las más sombrías que June había atravesado en su vida, un día en que la esperanza de que volvería a ser la que era comenzaba a balbucir en su ánimo, vio entrar en su habitación a la joven italiana. Esta vez la muchacha no iba modestamente vestida ni abrí, la puerta de golpe. Tampoco sus manos empuñaban un arma.

Adina vestía un lujoso traje de calle, que hacía que su brava belleza destacase de manera avasalladora. Una cariñosa sonrisa brillaba en sus labios.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó suavemente.

Momentos después, las reservas que había en June contra aquella mujer habían desaparecido.

—Su gesto en entrar a verme… no lo olvidaré nunca —dijo,

conmovida.

—Lo he hecho para darle ánimos. Volverá a ser usted la que era, tenga la seguridad —manifestó Adina—. Desde el primer día que entró usted aquí, he seguido atentamente su estado. Sé por el doctor que ya no necesita usted más transfusiones. Eso significa que está salvada. ¡Mi más sincera enhorabuena!

Y en un impulso impremeditado, espontáneo, se inclinó a besarla en una mejilla. Nunca pude Adina realizar un acto más eficaz para que June, de inexorable enemiga, pasase a ser su amiga más incondicional, capaz de llegar al sacrifico.

—Hoy es el primer día que voy a salir a la calle, y no he querido hacerlo sin entrar a verla. He de dejarla. Los señores Pisciotta me están esperando.

Ya se hallaba cerca de la puerta, cuando June débilmente, la llamó:

—Un momento… pequeña. Dime… ¿Willie?…

Los ojos garzos de June buscaron en los grandes, espléndidos ojos de Adina.

—No es menester —agregó June, anticipándose a lo que iba a decir la joven italiana—. Lo sé. También él te quiere. ¿Vas a verle?

A Adina le resultaba más fácil confesar que quería a Willie que acceder a ir a verle. Atentamente, con una ansiedad que la consumía, había estado siguiendo todos los procesos de su estado. En los momentos de crisis, sin vacilar hubiera dado su vida por la de él. Pero ahora que ya parecía fuera de peligro, la idea de tener que enfrentarse con él la sentía antipática, odiosa. Era algo que no podía evitar. Todo lo que lo adoraba en recuerdo, en existencia efectiva y próxima la soliviantaba, la estremecía dolorosamente, como si presenciase un instrumento con el que hubiera estado torturándola en otro tiempo.

—No iré a verle —dijo Adina, resueltamente—. No sé si hago mal… pero es algo con lo que no puedo.

El total restablecimiento de Adina fue motivo para que los Pisciotta, contra su costumbre, se decidiesen a celebrar en su casa una pequeña tiesta. La joven italiana era el primer caso que las nefastas radiaciones habían producido, y también el primero que había sido curado.

Al salir de la clínica, la muchacha se encontró con una

curiosidad tan voraz que sintió pánico. En el momento en que el coche en que iba traspuso el jardín que rodeaba la clínica, el estrecho callejón que la multitud había dejado al otro lado de la verja se cerró. El vehículo pareció convertirse en una cáscara de nuez en medio de un océano. Y emergiendo sobre aquella avalancha de cabezas fanáticas, los reporteros gráficos comenzaron a enfocarla con sus máquinas. Adina lanzo un grito y luego, abrazándose a la señora Pisciotta, hundió la cara en su pecho y rompió a llorar.

No percibió los gritos de la multitud, las cargas de los gendarmes, ni que el coche se ponía en marcha. Refugiada en los brazos de Gisele, pareció despertar cuando ésta le acarició la cabeza diciendo:

—No temas ya. Hemos llegado a casa.

Era verdad. Mucho antes de que el coche se detuviera al pie de la escalera de mármol, oyó la inconfundible voz de Fedora, como distinguió también su corpulenta figura, que sobresalía, tan enormemente de los que tenía a su alrededor que Adina sintió deseos de reír.

Y así, como los niños, con lágrimas de miedo todavía en los ojos y en la boca una risa confiada, fue como Adina volvió a entrar en la casa de los Pisciotta.

Si por gusto de los dueños hubiera sido, la fiesta hubiérase celebrado en la más estricta intimidad. Pero atendiendo al ruego del profesor Bruckner, los Pisciotta accedieron a acrecentar el número de invitados.

La mayor parte de éstos eran hombres de ciencia, especializados en investigaciones radioactivas. Casi todos extranjeros.

Comenzaron a llegar invitados. Adina y Gisele se hallaban en el tocador.

—¡Chiquilla! Todos esos sabihondos van a que darse atontados cuando te vean. ¡Estás divina! —exclamó Gisele, verdaderamente entusiasman.

Adina hubiera querido dar las gracias de una manera más desenvuelta a como lo hizo. Pero desde allí percibía cada vez que se abría la puerta dando paso a nuevos invitados; luego oía sus pasos próximos, al dirigirse a la sala; oía su manera de hablar, en tan distintos acentos… Y otra vez volvía a sentir pánico.

Fue en el momento en que estaba dando los últimos toques a su

peinado; apenas si pudo ahogar un grito. El peine se le fue de las manos, y en el espejo reflejóse un pálido rostro.

—¡Adina! ¿Qué te sucede? —preguntó Gisele, alarmada.

La joven apenas rompió su actitud petrificada ni apartó los ojos espantados de los que veía en el espejo:

—¿No ha oído?

—¿El qué?

—¡Esa voz!…

Pero si se refería a algo que había sonado afuera, era más de una voz la que hacía un momento habíase oído, de invitados conversando al pasar.

—¡Es la voz de la marioneta!… ¡Sí!

Y se puso las manos abiertas sobre la cara, defendiéndose contra un recuerdo horrible. Enormemente agitada, dio, unos pasos atrás.

—¡Es él!… ¡Es él!

VIII

LA ÚLTIMA BROMA

Pero la mayor sorpresa de Adina fue que el profesor Bruckner y el doctor Chantier, que habían entrado en la habitación llamados por Gisele, después que hubieron oído las manifestaciones de la joven se quedaran en una actitud casi indiferente. Ni siquiera intentaron despejar la inquietud de la joven alegando que los que estaban fuera eran todos hombres de ciencia, muy respetables, y en los que tenían absoluta confianza.

Se limitaron a unas palabras burlonas:

—¡Vamos, Adina! Huya de una actitud dramática…

—Sí, sonría usted. Está mucho más hermosa… Y si no tiene inconveniente de ir acompañada de un viejo, cójase de mi brazo dijo el profesor Bruckner.

Al mismo tiempo el doctor ofrecía su brazo a Gisele:

—Señora…

Adina no se dio cuenta hasta que estuvo muy pocos pasos de la sala. De nuevo se le apoderó el temblor.

—Tranquilícese —murmuró Bruckner— usted a obtener un triunfo… y de rechazo nosotros también. Tenga confianza.

Y ya cuando se hallaban en la puerta, agregó:

—Debo notificarle que tal vez encuentre aquí a algún amigo… que no espera.

Cuando comprendió, y se disponía a retroceder, era demasiado tarde; ya Willie se encontraba a un paso de ella.

—Quiero ser el primero en felicitarla… aun sabiendo que le molesto.

Ella apenas puso sus ojos en él los apartó, como si se quemara. El error de Willie fue manifestarse más alegre de lo que en realidad

estaba. Indudablemente que experimentaba en aquel momento una de las satisfacciones más profundas que la vida le podía deparar. Tenía ante sí a Adina, completamente restablecida, y más hermosa que nunca. Pero ni su situación en relación con la joven era tan clara para no sentir inquietud, ni el estado físico de Willie era tan inmejorable para poder cantar victoria sobre la hora presente. Algo pálido todavía y bastante adelgazado, sus movimientos tenían torpeza de convaleciente.

A la primera mirada, Adina se había sentido estremecida. Algo muy áspero, muy hostil comenzó a ceder. Pero en ese momento habló Willie. Y el contraste que ofrecía su aspecto de enfermo con la ligereza de sus palabras trajo a la imaginación de Adina aquel otro Willie, el acodado sobre el pretil, mirando el lecho negro del Sena, fingiéndose enfermo, torturándola con la amenaza del suicidio. Y todo lo amargo y sombrío de aquel periodo cayó sobre ella, y su reacción fue mirar a Willie de una forma que a éste le dio frío.

—¡Apártese! —dijo ella, secamente.

Willie obedeció, sin pronunciar palabra, sin atreverse siquiera a sonreír.

Los invitados, la mayoría hombres de edad, empezaron a ser presentados a Adina y a Gisela, únicas mujeres que había en la sala. Alessandro, acaso recordando sus primeros tiempos de brillante diplomático, iba de un lado a otro, repartiendo sonrisas y frases amables, procurando pronunciarlas en el idioma respectivo de cada invitado. Únicamente en dos ocasiones tuvieron que recurrir lanío él como su interlocutor, al francés Fue al dirigirse a una de las más destacadas ligaras científicas del Japón, Dr. Tokugawa, y al saludar al sabio turco Chevkel.

Una vez hubieron saludado a todos, y tras permanecer unos instantes escuchando unas galanterías de dos profesores norteamericanos y un italiano, Gisele y Adina se retiraron, con el propósito de no aparecer hasta el momento de la comida.

Al quedar solos los hombres, Alessandro Pisciotta dijo, dirigiéndose a todos:

—Según me manifiesta nuestro común amigo el profesor Bruckner, alguno de ustedes desean conocer nuestra biblioteca. Ese deseo es un honor para nosotros, pero les anticipo que su curiosidad tal vez se vea defraudada. Una vez hecha esta advertencia, estoy

dispuesto a acompañarles en el momento que lo deseen.

—Ahora mismo —opinó Bruckner—. Les garantizo que todos ustedes van a encontrar allí algo de interés… Incluso nuestro amigo Clewes, que tan ajeno parece a esta clase de curiosidades.

Todos los presentes sabían cuál era la personalidad de aquel joven pálido, tan difícilmente escapado de la muerte. En torno a él habían estado girando los primeros acontecimientos producidos por las radiaciones tóxicas, y gracias a la máquina hallada junto a él, los trabajos de investigación habían comenzado desde el primer momento sobre una base concreta. A la hora presente las fatídicas radiaciones habían dejado de ser un secreto, y el peligro había sido eliminado. En aquel círculo científico era, además de un héroe, un huésped de honor.

Fueron todos saliendo a un largo pasillo. Avanzaban a través de él divididos por grupos, que el azar o la afinidad producía. Comenzaron a oírse conversaciones en lengua distinta al francés… Y de nuevo en la habitación en que se hallaban Gisele y Adina hubo el sobresalto de momentos antes.

—¡Él está ahí!… —dijo la joven italiana, casi sin voz.

—Escucha, Adina —manifestó Gisele, cogiéndola de un brazo y haciendo que se sentara—. Hemos de hablar… Te hemos engañado.

Tan pálida había devenido la joven, que la señora Pisciotta se interrumpió:

—¡Pero, pequeña!… ¿Qué es lo que estás pensando?

Adina la miró angustiada:

—¡Por favor!… ¡Hable usted!

—Tranquilízate. Te hemos engañado al no decirte cuál ha sido el verdadero motivo de esta reunión. Bruckner y el doctor han creído conveniente que no lo supieras hasta después de la presentación.

—¿Por qué?

—Temían que tu natural inquietud pudiera hacer recelar…

—¿Recelar qué? ¿Es que ustedes también sospechan que él se encuentra aquí?

—Según esta mañana nos ha manifestado el profesor, tenía la seguridad de que él vendría.

La muchacha quedó pensativa.

—Ya comprendo… Una encerrona. ¿Willie lo sabe?

—Naturalmente.

—¿Y por qué no lo detiene?

—Porque todavía no saben quién es. Antes le refería yo a Willie la alarma tuya cuando te ha parecido oír la voz de la marioneta…

—¿Y Willie qué ha dicho?

—No le ha sorprendido. Asegura que el dichoso desconocido es capaz de bromear, aun sintiéndose casi acorralado. Willie cree que el individuo debió suponer que tú podrías oírle, y de vez en cuando emitirían la voz de marioneta, para jugar contigo… Mientras te presentaban. Willie no ha apartado un momento los ojos de ti y de los que contigo hablaban. Procuraba permanecer lo más cerca posible…

—Sin ningún resultado…

—Willie ya lo suponía. Lo cree capaz de estar jugando, hasta última hora a asomar y a esconderse. Ahora, cuando han pasado, tú dices que has vuelto a oírle.

—¡Sí! ¡Y es él! ¡Estoy segura!… ¿A dónde se han ido?

—A la biblioteca.

—Yo debo estar allí.

—Me han recomendado que no salgamos mientras ellos no lo indiquen.

—¡Pero esto es horrible! ¡Yo tal vez pueda ayudarles!… ¿No teme usted lo que pueda ocurrirle a su marido, frente a un hombre tan peligroso?

—Alessandro dice que se está divirtiendo, y eso me basta para permanecer tranquila.

Era verdad. El exdiplomático estaba pasando uno de los mejores momentos de su vida. Apenas todos estuvieron dentro de la biblioteca, las puertas se cerraron. Alessandro no tenía conocimiento de lo que iban a hacer los que llevaban aquel asunto. Sólo le habían manifestado una cosa concreta: que las puertas de la biblioteca tendrían que abrirse únicamente cuando ya el desconocido hubiese sido localizado. Esto, para él, resultaba lo más divertido. Ni por un momento se le ocurrió pensar que pudiese correr algún riesgo. La vida había tenido la gentileza de ofrecerle una de sus absurdas complicaciones, y él iba a presenciar desde su sillón cómo se resolvía.

Sobre la larga mesa de la biblioteca había unas cuantas cajas de madera y, frente a cada silla, unos pliegos de papel. El doctor fue

invitando a todos a que se sentaran. Willie se situó de espaldas a la puerta.

—Señores —empezó Bruckner, sonriente—: Antes de proceder a examinar la biblioteca, deseo someter a su observación algunos objetos curiosos, que estoy seguro han de interesarles. Se trata…

E interrumpióse para coger una de las cajas de madera y destaparla.

—… de que comprueben cuán ingeniosos eran los resortes empleados por el… colega maniático.

Sonaron algunas risas que enseguida cesaron al ver los objetos que Bruckner había comenzado a sacar de la caja. Un hermoso reloj de mesita, con soporte de bakelita y armazón de reluciente metal; una máquina fotográfica; un gigantesco encendedor de mesa: unos prismáticos…

—Cada uno de estos objetos lleva su cámara de seguridad con carga suficiente para fastidiar a todos los que estamos aquí. Les recomiendo, pues, cuidado, cuando los tengan en sus manos. En algunos de estos objetos ignoramos todavía dónde está el dispositivo que dispara las radiaciones.

Uno tras de otro, los artefactos fueron pasando a manos de los que se hallaban sentados alrededor de la mesa. Cada hombre cogía el objeto, lo observaba, cuidadosamente le daba la vuelta, y enseguida lo pasaba a su vecino. A veces, algún artefacto suscitaba la atención de varios hombres al mismo tiempo. Diríase que aquellos graves señores habían buscado aquella apartada habitación para entregarse a un juego impropio de sus años y de su personalidad. Verdaderamente había momentos en que el apasionamiento con que cada cual defendía su criterio acerca del sitio donde pudiera hallarse el resorte del aparato, parecía más bien de, niños entregados a un juego de trampas.

Por fin todos los objetos volvieron al sitio de Bruckner. Éste había ido dejándolos cuidadosamente alineados ante sí.

—Un momento de atención, señores —dijo de pronto el profesor Bruckner, con voz grave—. Acaba de suceder algo, desagradable. Todos los artefactos han vuelto a mis manos con el dispositivo abierto…

Dejó una pausa, obligado por los rumores encendidos en torno a la mesa.

—Alguien —siguió— parece que ha querido darme una lección, por el engaño que he empleado con ustedes cuando les he dicho que ignoraba algunos resortes. Todos eran para mí perfectamente conocidos. Y veo que la broma ha resultado pesada. Muchos de ustedes se han contaminado sucesivas veces al observar estos artefactos…

La reacción de muchos fue ponerse de pie.

—¡Que nadie se mueva de su sitio! —gritó Bruckner—. Debemos localizar el sitio aproximado donde los dispositivos han empezado a abrirse… Profesor Rowe: ¿En qué condiciones llegaron los aparatos a sus manos?

—Con el dispositivo cerrado —dijo el aludido, que se hallaba cinco puestos más allá, a la derecha de Bruckner.

—¿Doctor Chantier?

—Cerrados —respondió éste, situado unos cuantos sitios más adelante.

—¿Y usted, Clewes?

—¡Abiertos! —Fue la respuesta de Willie.

Entonces, todos los comprendidos entre Chamtier y la izquierda de Bruckner se levantaron, intensamente pálidos. Pasado el primer momento de confusión, todas las miradas se concentraron sobre los que se hallaban entre Willie y Chantier. Allí estaba el autor de la broma. Los comprendidos en el sitio sospechoso se observaron a su vez, sin que ninguno de ellos despegara los labios, encerrados en el más dramático silencio.

De pronto, Bruckner se puso a reír.

—Señores: Todo ha sido una falsa alarma. Sólo una broma.

—¡Qué lástima! —se oyó exclamar a Alessandro, a pesar de ser de los últimos, y, por ende, uno de los «contaminados».

—Una broma —siguió Bruckner— en la que yo me he limitado a ser mero intérprete. El motivo por el cual ha sido planteada, lo explicará el señor Clewes…

—Y muy brevemente, señores —dijo Willie, poniéndose de pie —. Mi permanencia entre ustedes lleva una misión oficial. El hombre «maniático» ha sido canalizado de forma que desembocara aquí. Muchos de ustedes, en las sucesivas cartas cursadas por el profesor Bruckner, habrán notado que siempre que se mencionaba la casa Pisciotta y la fecha en que nos encontramos estaba punteada

con lápiz rojo. Sólo para uno de ustedes la cosa ha tenido significado. Es una vieja fórmula con que él y yo solemos citarnos. Dudaba que se atreviera a venir. Muchos de ustedes han sido molestados por una tenaz atención de la policía. No había más remedio.

Willie hizo una pausa que aprovechó para pasear una lenta mirada sobre todos los presentes. Todos los rostros estaban vueltos hacia él.

—Nuestro desconocido amigo tenía motivos más que suficientes para sospechar que las investigaciones habían conducido a un punto demasiado concreto para no temer… Estoy convencido de que sabe que los disparos van a caer cerca. Y no obstante, ha venido. Posee un endiablado espíritu burlón y hasta última hora se está permitiendo algunas bromas. La última ha sido abrir los dispositivos, para molestar a ustedes, simplemente para molestarles, porque él no ignora que esas radiaciones tienen ya su antídoto.

Willie se interrumpió otra vez. Se notaba claramente que hablaba con esfuerzo.

—Sin hallarme del todo repuesto he querido asistir a esta reunión, porque no quería que él se fuera sin corresponder antes a su buen humor.

Miró a los hombres comprendidos a su izquierda, entre él y Chantier.

—La broma ha sido que muchos de los dispositivos, al ser impulsados, han captado la imagen del que lo ha hecho. La antigua cámara ha sido substituida por otra con dispositivo fotográfico. Esto tal vez no le disguste. El solía ser aficionado a la fotografía.

Abarcó de una mirada el grupo de hombres donde se hallaba localizada la atención de todos.

—De uno de ustedes disponemos varias placas en las que, seguramente, en vez del rostro completo puede que sólo aparezca el mentón, un trozo de frente; quizá sólo un hombre… Pero ¿constituirá eso una dificultad para los presentes: reconstruir un rostro fragmentado… ustedes, los capaces de fragmentar y reconstruir el átomo?

Hubo un profundo silencio. Un profundo y largo silencio. Y cosa extraña: en ese momento ninguno se miraba. Cada uno permanecía con la vista fija en el pliego de papel que tenía delante, y algunos se

entretenían en trazar cifras y rayas. Diríase que aquel pliego había sido puesto con ese único fin.

—Unos minutos nos bastarán para salir de dudas… Vamos a revelar las placas.

Willie iba a separarse de la mesa, cuando alguien situado dos puestos más allá, a su izquierda, dijo, sin moverse de su sitio:

—Espero que todos permanezcan quietos. Todavía queda la última broma. Tengan la bondad de, mirarme.

Y todas las miradas se concentraron sobre una figura pequeña.

—Una leve presión de mis dientes bastará para que la Ciencia pierda a sus servidores más preclaros.

En los labios del japonés doctor Tokugawa asomaba una ampolla de color metálico.

—Tres compartimientos separan en este tubo fuerzas que están deseando unirse. Ustedes dirán si debo hacerlo.

Y a través de los gruesos cristales de sus lentes, sus ojos oblicuos fueron enfocando de uno en uno a todos los presentes. Después que hubo observado a todos, volvió su rostro a dónde estaba Willie.

—Como le prometí anoche, he venido. Ahora usted me ayudará a salir de esta honorable reunión. Nos iremos juntos…

Lentamente se levantó y, yendo de espaldas, fue a apoyarse contra una de las estanterías.

—Señor Clewes: Sé que ahí fuera tiene usted tendida una red de agentes. Usted la cortará… A no ser que prefiera que el señor Pisciotta se quede sin casa.

—Si nada más fuera eso —comentó sorprendentemente humorístico el exdiplomático.

—No. Es también la destrucción de todos ustedes —prosiguió Tokugawa—. Mis colegas lo saben. Otros menos sabios con los que he tenido necesidad de tratar, tampoco lo ignoraban. Esto me ha permitido atravesar las más peligrosas hampas con toda seguridad… Como ahora me va a permitir salir de las manos de nuestro sagaz agente. Este tubo siempre permanece en mi boca. Y tan acostumbrado estoy a él, que si me lo quitara creería que me faltaba un maxilar.

Soltó una pequeña risita y agregó:

—Tiene además la ventaja de que, situándolo debajo de la lengua, me permite cambiar la voz…

Y lo dijo precisamente con una voz cambiada, una voz reducida, grotesca, la que Adina asociaba con una marioneta.

—Doctor Tokugawa —exclamó Bruckner—. ¡Esto es inconcebible!… Muchos de nosotros le conocemos de muchos años. Hemos colaborado en tareas que san orgullo de la Humanidad… ¡Es precisamente usted quien ha enseñado el camino más corto para contrarrestar este asunto, que ya tomaba caracteres de catástrofe!

—Sí. Me anticipé a lo que ustedes infaliblemente tendrían que encontrar. Con ello no pretendí más que ahuyentar la atmósfera rara que se estaba creando en torno a cada uno de nosotros. Me interesaba ganar tiempo.

—Siempre ha sido usted un hombre de gran bondad —siguió Bruckner, verdaderamente impresionado—, entregado al sacerdocio de la Ciencia.

—¡La Ciencia!… —Remedó el japonés—. ¡Asqueroso pingajo!… Detrás de mí hay un pueblo con la llaga de Hiroshima…

—No creo que su procedimiento sea el más adecuado para curarla —replicó el profesor.

—No he pretendido curar nada. Ni mi intención tampoco era matar. La muerte total no me interesa. Los muertos son borrados por los días. Pero multitud de muertos en pie, hacen pensar… Y esta hora gris contiene demasiado dolor humano para que existan caras despreocupadas. Yo les he llevado la muerte al rostro.

—Valiéndose de instrumentos bastante ruines, doctor —observó Willie—. Según se ha visto después, su influencia ha llegado a todos los estratos del hampa.

—Excavando en las minas se consigue el oro.

Erigiendo mi torre en el bajo mundo he conseguido los medios para crear mi látigo… Todavía el juego no se ha terminado. Usted va a acompañarme hasta donde yo diga. Desapareceré por algún tiempo… Cuando de nuevo asome, dispondré de nuevas armas. Ya pueden ustedes id preparándose para contrarrestarlas. Les anticipo que esta vez el ataque irá contra ustedes. ¿Vamos, señor Clewes?

—Estoy a su disposición, doctor —dijo Willie, tranquilamente.

El japonés avanzó con pasos menuditos hasta la puerta, donde le aguardaba el agente.

—Un disparo por la espalda dudo que sea tan fulminante que me impida una leve presión de mis dientes… Ténganlo en cuenta —dijo

Tokugawa, a modo de advertencia, e inclinando un poco la cabeza en señal de despedida.

Ya fuera de la biblioteca, el japonés indicó a Willie que cerrara la puerta con llave. El yanqui obedeció.

—Marche usted delante, y si lo cree conveniente, vaya advirtiendo el peligro que corren si hacen el menor intento de ayudarle.

Willie permaneció callado. Cruzaron una amplia sala. Un criado les salió al encuentro. Se disponía a acompañarles, pero el yanqui le detuvo, tal vez demasiado bruscamente:

—No es menester. Conocemos el camino.

Cruzaron otras dos habitaciones y luego se metieron por un largo corredor.

—Adina se encuentra seguramente en alguna de estas habitaciones —dijo de pronto Willie.

—Llámela.

—¿Para qué? ¿No cree que ya la ha torturado bastante?

—No es mi intención molestaría más —dijo el japonés gravemente—. Quiere mirar una vez más su hermoso rostro. En él está impreso el principio de mi fracaso.

Willie levantó la voz:

—¡Adina! ¡El doctor Tokugawa quiere despedirse!

—Dígale la marioneta —agregó el japonés, soltando una breve risa.

Les dos se habían detenido en mitad del corredor, a dos pasos de una puerta tras la cual se habían oído unos murmullos.

—Adina: ¿Estás ahí? —preguntó Willie.

La puerta comenzó a abrirse. Adina asomó el óvalo de su bello rostro. Los ojos magníficos tenían un relumbre intenso, y la expresión de su cara parecía entre enfadada y miedosa.

—¿Qué desean? —preguntó la joven, sin mirar a Willie.

—Lo que acaba de anunciarle el señor Clewes: Despedirme de usted. —Contestó el japonés, haciendo una leve reverencia.

Y se quedó aguardando, con apariencia indiferente, precisamente cuando más emoción sentía, cuando sabía que sólo unos segundos le separaban del momento más trascendental para los tres.

Lo inesperado, sin duda, de lo que Willie acababa de anunciar

hizo que Adina retrocediera, exclamando:

—¡No!

—Soy yo, Adina —se apresuró a decir Tokugawa, haciendo la voz grotesca—. Le aseguro que…

No pudo seguir. Las manos de Willie acababan de aprisionarle la frente y la barbilla, obligándole a mantener la boca cerrada. Willie contaba con que fuera verdad que el japonés tuviera el fatídico tubo bajo la lengua. Para ello había aguardado a que emitiera la voz grotesca.

Pero pasado el primer segundo de sorpresa, el yanqui percibió enseguida cuán difícil iba a ser reducir a aquel enemigo que, como ya era tradicional en su raza, sabia contrarrestar la debilidad de sus fuerzas con la dureza que le proporcionaban los hábiles golpes de *jiu-jitsu*.

Por otro lado, las fuerzas de Willie eran bastante reducidas en aquellas circunstancias. La única probabilidad de éxito era obrar con rapidez, soslayando las llaves que el otro le aplicara. Sin permitir que los dientes del japones pudieran separarse ni siquiera un milímetro, le aplicó una llave de torsión, y ambos cayeron al suelo.

Los lentes de Tokugawa habían saltado hechos pedazos. Sus cortas piernas se debatían en el aire, buscando su presa. Por dos veces Willie había podido desprenderse de las manos del japonés, que habían conseguido alcanzarle por los codos. Sabía que aquellos finos dedos eran sorprendentemente fuertes, y que una hábil aplicación de ellos sobre cualquiera de sus músculos sería como una descarga de alta tensión.

La boca de Tokugawa parecía encerrar un furioso reptil, con escamas metálicas. Oíase el repiqueteo contra los dientes del tubo impulsado con fuerza por la lengua. De un momento a otro, todo podía cesar.

Willie dirigió una rápida mirada hacia la habitación donde había desaparecido Adina. Habíase encerrado por dentro, sin adivinar el peligro en que se hallaban todos. El que Willie se enfrentase con el pequeño japonés, para la joven no debía significar más que una pelea desigual, con la ventaja de parte del yanqui.

Y no obstante, Willie veía que por momentos la ventaja se le escurría. La necesidad de mantener cerrada la boca de su enemigo,

era una ligaza a sus manos. Un momento pensó en soltarle, para introducir una mano en la boca del otro, y que sirviera de tope, en tanto con la otra sacaba, el arma y disparaba a las sienes de Tokugawa. Comenzó a quitar presión, pero enseguida volvió a apretar. Tal vez el disparo repercutiera en la ampolla. Además, Tokugawa parecía haberle adivinado, y sus miopes pupilas adquirieron un extraño fulgor.

Y de pronto, Willie se sintió envuelto por una oleada de locura. A su mente acababa de acudir el rostro de Andrew, con la cabeza cortada por la sábana… Un vigor inaudito acudió a sus brazos. Y sin pensar que aquello también pudiera producir la rotura de la ampolla, ciego de furia, comenzó a golpear el suelo con la cabeza de Tokugawa. Se oyó un quejido ahogado, pero esto pareció una espuela en el ánimo de Willie. Siguió golpeando. Las manos del japones habían vuelto a alcanzarle los codos Llegó a sentir la presión de sus dedos…

Y de pronto se soltaron. Las manos, todos los miembros de Tokugawa fueron cediendo, hasta quedar inerte.

Willie sólo pareció despertar de su embriaguez cuando los golpes secos del principio ya hacía unos momentos que habían cesado, convertidos en chasquidos de neumáticos resbalando sobre asfalto en día de lluvia.

Suavemente, dejó que el cráneo roto descansara en el suelo, sobre una, almohada de sangre…

EPÍLOGO

Dentro de una caja repleta de algodón descansaba el amenazador tubo, de color metálico. Estaban realidad dividido en tres compartimientos.

Y alrededor de la mesa en que estaba la caja, los nombres de ciencia permanecían impasibles, sin el más leve asomo de temor, más bien con un gesto de infantil curiosidad. Nadie pensaba en el peligro que corrían, sino en el nuevo problema planteado.

Tanta curiosidad como los demás señores, sentían el doctor Chantier y el profesor Bruckner. Pero en las habitaciones de afuera estaba sucediendo algo para ellos también interesante.

Willie tenía cogida a Adina por los hombros, y, sonrientes, se disponían a salir de la mansión de los Pisciotta. Iban a realizar una visita a los amigos todavía hospitalizados. Entre ellos estaba Harold Reed y el inspector Pevel. Irían también a ver a June. Vencida aquella extraña resistencia que la joven sentía contra Willie, ella misma le pidió visitar a June.

Él la miró extrañado:

—Pero ¿tú sabes?…

—Sí, Willie.

Ambos permanecieron mirándose en lo más profundo de los ojos, y ninguno halló el más leve indicio de recelo.

—De June tampoco temo nada —murmuró la joven—. La prueba ha sido demasiado terrible para que no cambiemos todos.

—Yo no quisiera qué hubieras cambiado —repuso Willie, sonriendo feliz—. Para mi serás siempre la que conocí en la frontera, sobre un camino de nieve…

Ya se hallaban dentro del coche, y el vehículo iba a arrancar, cuando oyeron las voces del profesor Bruckner:

—¡Willie! ¡Espere!

—¿Qué ocurre?

El profesor descendía la escalera de mármol con toda la ligereza que le permitían sus cansadas piernas. Algo llevaba en las manos. Era un puñado de cigarros.

—Tome, para el inspector Pevel. Los necesitaré, en tanto usted le refiere cuarto aquí ha sucedido…

Instantes después, el profesor y Fedora dirigían desde lo alto de la escalera un saludo con la mano al coche que acababa de cruzar el jardín y salir a la avenida.

El profesor fue el primero que se metió en la casa. De pronto le entraban prisas por reunirse con sus colegas, que se hallaban al otro lado del edificio, en la biblioteca.

Al pasar junto a una puerta medio abierta, oyó a los Pisciotta hablar. Entro en el momento en que Alessandro decía:

—¡Gisele! ¡He ganado yo!

—¿Se puede saber de qué se trata?

—De que la cosa ha sucedido antes de llegar a la esquina.

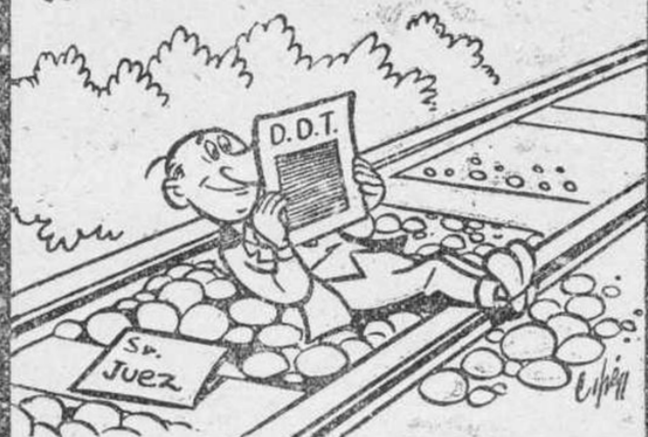
—¿Qué cosa? —inquirió Bruckner, totalmente despistado.

—El beso —dijo escuetamente el exdiplomático—. ¡Cierra ya, Gisele!

Y Ríndame Pisciotta oprimió el resorte que hacía funcionar el gran espejo…

FIN

Cualquier momento es bueno...



...PARA LEER

El DDT

LA PUBLICACION MAS DIVERTIDA DE TODOS LOS TIEMPOS

SOLO CUESTA 2 PTS.

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION
PIMPINELA

Núm. 268 - Cristina Luján
SERENATA
Núm. 269 - M. Redón Chirona
SU GRAN MENTIRA
Núm. 270 - Amparo Lara
EL SOL SALE OTRA VEZ
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCION
ROSAURA

Núm. 108 - Corín Tellado
DESPUES DE AQUELLA NOCHE
Núm. 109 - M.ª Adela Durango
LA SEGUNDA MADAME DUPUY
Núm. 110 - Pilar G. Rua
REBELDE A SU DESTINO
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCION
MADREPERLA

Núm. 164 - Ana Marcela García
EXTRAÑO DESAFIO
Núm. 165 - María Nieves Grajales
VENERADA
Núm. 166 - Isabel Salueña
VENGANZA DE MUJER
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCION
BISONTE

Núm. 209 - Fidel Prado
CRUCES EN LA PRADERA
Núm. 210 - M. L. Estefanía
VENTAJISTAS EN SILVER CITY
Núm. 211 - Raf Segrram
UN TRISTE VAQUERO
APARICION SEMANAL. PRECIO 4 PTS.



COLECCION
SERVICIO SECRETO

Núm. 73 - Peter Debry
BALAS PERDIDAS
Núm. 74 - A. Rolcest
MUERTE EN LOS ROSTROS
Núm. 75 - Tony Wanton
ACORRALADO
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCION
AUTORES FAMOSOS

Núm. 26 - Zane Grey
TIBURONES DEL BOSQUE
Núm. 27 - Clem Yore
LA LEY DEL DESIERTO
Núm. 28 - Zane Grey.
EL VAQUERO NOVATO
APARICION BIMENSUAL. PRECIO 16 PTS.

⊞ Ultimos volúmenes aparecidos. ○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 pts.

NOTAS

[1] Gophers: Argot inglés. Saquitos de cocaína. < <

[2] A. E. C: «Atomic Energy Commission». <<

[3] Buen tirador. <<